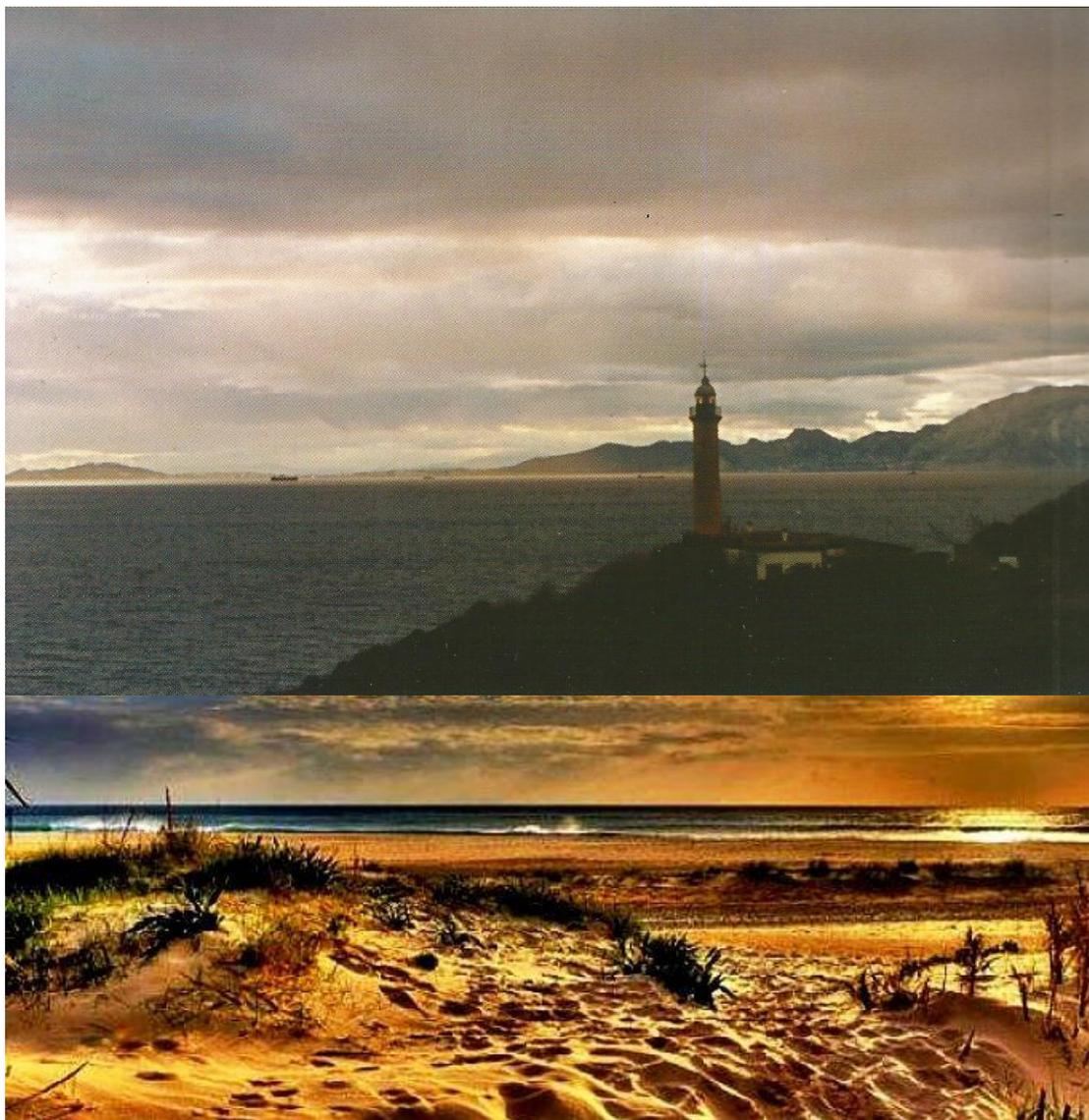


DOS ORILLAS



REVISTA INTERCULTURAL

XXIII – XXIV

2018

Sumario

Saluda: Dn. José Ignacio Landaluze Calleja. Alcalde –Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Algeciras.

Dirección

Paloma Fernández Gomá

Lugar de edición: Algeciras.

Responsable de la edición / editor de la misma: Paloma Fernández Gomá.

ISSN: 2255-1816

Web Master: Ramón Tarrío Ocaña

Jefe del equipo de redacción: José Sarria Cuevas

Equipo de Redacción

Juana Castro

Mohamed Chakor (siempre con nosotros)

Ahmed Mohamed Mgara

Juan José Téllez

Manuel Gahete

Balbina Prior

Rosa Díaz

Encarna León

Ahmed Oubali

Abdellatif Limami

Aziz Amahjour

Monográficos sobre la literatura actual escrita en Andalucía: Cádiz y Ceuta

-EL ÁRBOL DE PIGMALIÓN:

**LITERATURA GADITANA PARA EL SIGLO XXI..... Mauricio
Gil Cano**

**-Literatura actual escrita en Ceuta.....María
Jesús Fuentes**

“DOS ORILLAS: DECLARACIÓN DE LITERATURA Y VIDA EN EL ESTRECHO”.

Desde la orilla literaria que acerca el corazón a sus intenciones, surca los mares digitales de la comunicación esta revista "DOS ORILLAS", que bajo el timón y la tutela de la escritora PALOMA FERNÁNDEZ GOMÁ, se torna en navío de la cultura, portadora en arte y parte del talento y la creatividad de ambas orillas del Estrecho de Gibraltar, desplegada en la geografía tan singular de esta porción de Andalucía, que desde Algeciras a Marruecos, firma una declaración de literatura y vida en El Estrecho, que todos suscribimos.

Y esta bienvenida, este prólogo no es sino una declaración de mis intenciones como Alcalde de Algeciras, a quien represento y que firmemente apuesta por este hermoso proyecto, y también en mi humana condición de lector, que me conduce indefectiblemente a participar de este convite literario y emocional que se nos avecina, y para quien deseo la longevidad literaria y la difusión que sin duda merece, el cotidiano trabajo y el generoso esfuerzo intelectual, que con la ilusión siempre presente, muestra al mundo esta algecireña que nació en Madrid, Paloma de la palabra, jugando al verso libre de vivir y compartir, idiomas y lecturas, bajo las formas digitales que hoy -los tiempos siguen cambiando- mueven al mundo y a sus fronteras físicas y humanas.

DOS ORILLAS, no es sino una maravillosa invitación para volver a subirse al tren de las Humanidades, y recorrer el porvenir más cercano, desde la esperanza y la fe en el ser humano y sus creaciones, reinventado la comunicación y la palabra a cada paso, a cada página... y en cada lectura a la que oficial y personalmente les insto a que ocupen, con su tiempo y sus sentidos, a la tolerancia y la expresión abiertos.

José Ignacio Landaluce Calleja

ALCALDE-PRESIDENTE DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALGECIRAS.

**EL ÁRBOL DE PIGMALIÓN:
LITERATURA GADITANA PARA EL
SIGLO XXI**

Por Mauricio Gil Cano

EL ÁRBOL DE PIGMALIÓN: LITERATURA GADITANA PARA EL SIGLO

XXI

Por Mauricio Gil Cano

Además de su privilegiada geografía, donde se ubica la civilización más antigua de Occidente, la provincia de Cádiz cuenta con un rico patrimonio cultural, del que forma parte su preeminente legado literario. En las páginas que siguen, se trata de dar pistas, sugerencias en lo que no viene a ser sino una invitación a la lectura, ciñéndonos —salvo alguna excepción— a los principales poetas y narradores. El marco cronológico ha tomado como referencia la muerte de Alberti. Empieza, por tanto, con la generación del 27 y aquellos de sus autores que han vuelto a ser publicados —o incluso rescatados— en estos albores de siglo. El recuento examina someramente las generaciones sucesivas, hasta la actualidad. Obviamente, no incluye a los clásicos José Cadalso (Cádiz, 1741—San Roque, 1782), Antonio García Gutiérrez (Chiclana de la Frontera, 1813—Madrid, 1884), Fernán Caballero (Morges, Suiza, 1796—Sevilla, 1877), Luis Coloma (Jerez de la Frontera, 1851—Madrid, 1915) o Pedro Muñoz Seca (El Puerto de Santa María, 1879—Paracuellos del Jarama, 1936). Sin ánimo de ser exhaustivo, por el riesgo de emprender una tarea interminable, debo pedir perdón ante olvidos involuntarios e inevitables omisiones.

El 28 de octubre de 1999, el gran poeta Rafael Alberti fallece en El Puerto de Santa María, la ciudad que le había visto nacer un 16 de diciembre de

1902. Con Alberti, se apagaba también el siglo XX. Como él mismo dejara escrito en *La arboleda perdida*: “Demasiado siglo catastrófico para tener que hablar de mí sin desenredarme de él”. En efecto, el genio portuense había vivido conflictos como la guerra civil, la segunda guerra mundial y la guerra fría, o acontecimientos como la transición española, desde su compromiso político con el comunismo y sin renunciar nunca a su vocación poética. Desde *Marinero en tierra* —que recibió el Premio Nacional de Literatura en 1925—, expresa en sus versos una nostalgia por los límpidos azules de la infancia que, transformada ya en sensación cierta de transterrado, alentará sus mejores poemas del exilio. Pero el neopopulismo tradicional no era, ni siquiera entonces, su único registro. Con igual éxito abordó el cultivo de formas cultas clasicistas y la literatura de vanguardia, la sátira despiadada o los poemas escénicos. Creador prolífico y prodigioso, se quedaría escaso el espacio de este trabajo para referirnos a sus geniales hallazgos o a lo que otros importantes autores y estudiosos han dicho de ellos. Baste referenciar la excelente edición que de su poesía realizó Luis García Montero para la editorial Aguilar en 1988, o la nunca terminada edición de sus obras completas en Seix Barral: dirigida por Pere Ginfrer, hasta el momento han salido cuatro volúmenes de poesía, el segundo tomo de las prosas y el primero del teatro. La trayectoria literaria de Rafael Alberti sería reconocida con el premio Cervantes en 1983.

Otros escritores gaditanos también integraron la promoción que llegó a su sazón literaria durante la dictadura de Primo de Rivera y la segunda república. Villaluenga del Rosario, en plena sierra de Grazalema, vio nacer a Pedro Pérez Clotet en 1902. Su obra literaria, de gran calidad, ha sido publicada

en dos tomos, uno de poesía y otro de prosa, por el Centro Cultural Generación del 27, de Málaga, en 2005 —la interesante introducción y la edición son de José María Barrera López—. Aunque Clotet residió temporalmente en Madrid para doctorarse en Derecho con una tesis sobre *La política de Dios de Quevedo*, su actividad literaria la llevó a efecto fundamentalmente desde Andalucía. En Cádiz dirigió la revista *Isla: hojas de arte, letras y polémica*, entre 1932 y 1936. En sus páginas publicaron no sólo autores de la generación del 27, sino también de la siguiente, la del 36, a la que se sintió cercano. Al estallido de la contienda civil, Pérez Clotet se traslada a Jerez, donde comenzará la segunda época de la revista, entre 1937 y 1940, con el título de *Isla. Verso y prosa*. Una edición facsímil de *Isla*, en dos volúmenes, ha sido publicada por Renacimiento en 2006. En cuanto a la obra poética de Clotet, esta se ve muy influida por la belleza inefable de la serranía gaditana. No en vano recogió y anotó los *Romances de la Sierra de Cádiz* que, armonizados por el compositor Germán Álvarez Beigbeder, dio a la imprenta la Sociedad de Estudios Históricos Jerezanos en 1940. Pedro Pérez Clotet falleció en Ronda, Málaga, en 1966.

José María Pemán (Cádiz, 1897-1981) también pertenece cronológicamente a la Generación del 27 y comparte con sus miembros características como el cultivo de formas poéticas de tradición popular. Desde una visión partidaria de la guerra civil española, evolucionó hacia una actitud abierta y generosa. En 2006, el Grupo Joly ha editado la *Biblioteca Pemán*, una selección de sus obras —poesía, teatro, memorias, artículos y cuentos— en ocho volúmenes. Realizada por Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier, la profesora explica en la introducción el criterio seguido: “Pemán escribió muchas

cosas y experimentó a lo largo de su vida una profunda evolución. De todos los Pemanes sucesivos hemos privilegiado aquí aquellos que mejor pueden sintonizar con el lector actual: el Pemán de espíritu más tolerante, benévolo, liberal, elegante y andaluz. Y, por supuesto, siempre cristiano. Hubo otros, pero una edición de estas características no busca la erudición sino, ante todo, el disfrute del lector”.

Estos escritores vivieron la gravedad de las circunstancias históricas de su tiempo con diferente suerte y en una mayor o menor implicación. El caso más desgraciado fue el de Francisco Burgos Lecea. Nacido en Jerez de la Frontera en 1898, pronto emigra con su familia a Madrid, donde trabaja como funcionario municipal y se da a conocer como escritor. Estrena dos obras de teatro, *La heroína del amor sublime* y *La rosa inmarchitable*, en 1931, con furibundas críticas. Publica dos libros de cuentos, *Xcaicxi, delantero*, en 1928, y *Los caballitos del diablo*, en 1933, con los que adquiere reconocimiento como narrador. Este mismo año había publicado además *El cuaderno emborronado*, un desaparecido libro inclasificable de prosas diversas. Sus cuentos, género en que alcanzó aplaudida maestría, alientan un grito de denuncia contra la injusticia social. Fundó el movimiento de vanguardia llamado verticismo que, entre otras cosas, proclamaba: “Abajo la canallada, abajo la injusticia; que se apoderen de todos los poderes los individuos puros, los individuos íntegros, los individuos buenos”. Dirigió el periódico de avanzada *Frente Literario*, en 1934, que dedicó su número tres a Juan Ramón Jiménez y promovió el homenaje al poeta de *Platero y yo* en la Feria del Libro de Madrid. Frente a los desmanes de la guerra civil, salvó la vida del escritor tradicionalista Ricardo León. Después y

tras penar en un campo de trabajo, fue depurado, acusado de comunista y encarcelado. Murió en Madrid, al poco de salir en libertad condicional, en 1951. “Cuando, después de muchos años, salió en libertad y se halló ante el espectáculo de su hogar y las dificultades de ganarse la vida bajo un régimen que le era hostil, se lanzó de cabeza por la ventana de su casa, un quinto piso”, cuenta Manuel de la Escalera —bajo el pseudónimo de Manuel Amblard—, quien había compartido con él vicisitudes penitenciarias, en *Muerte después de reyes: Relatos de cautividad en España* (México, 1966). Desde entonces, un velo de olvido se tendió sobre la figura y la obra de este bondadoso idealista y excelente narrador. En 2016 la editorial Dalys publicó mi monografía *El cuentista que decía la verdad: Francisco Burgos Lecea (1898-1951), un escritor de vanguardia olvidado*, con datos reveladores de su vida y trabajos literarios.

La generación siguiente a la del 27, la del 36, cuenta en la provincia de Cádiz con dos conspicuos representantes. En primer lugar, José Luis Cano. Nació en Algeciras el 28 de diciembre de 1911 y falleció en Madrid el 15 de febrero de 1999. Desde su temprana juventud, se relacionó con los poetas de la generación precedente, algo que se refleja en su ensayo *La poesía de la generación del 27* (1970), que recibió el Premio Fastenrath de la Real Academia Española. Es uno de los intelectuales a los que más deben las letras de la larga posguerra. En 1943, creó la más importante y duradera colección de poesía española, *Adonais*, de la que fue director hasta 1960. En 1946 fundó *Ínsula*, considerada la única revista literaria, durante el franquismo posbélico, que se

mantuvo independiente frente a las consignas del régimen. En 1985 se le concedió la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes y la *Creu de Sant Jordi*. Entre sus ensayos, destacan las biografías de García Lorca y Antonio Machado. Su *Poesía Completa* ha sido publicada en 2011, con prólogo de Leopoldo de Luis, quien se refiere a él como poeta intimista, que pasa por la realidad y nos habla desde dentro: “Siempre he pensado que poesía es respirar por la herida. La herida lírica de José Luis Cano efunde emoción y verdad humana. Con eso nada más —y nada menos— gana a sus lectores”.

También podemos relacionar con la generación del 36 a Juan Ruiz Peña (Jerez de la Frontera, 1915—Sevilla, 1992), autor de una interesante obra poética. Catedrático de Instituto en Burgos, se trasladó a Salamanca en 1963 y allí fundó la revista de poesía *Álamo*, de la que fue director hasta 1976. Estuvo vinculado a publicaciones como *Ínsula* o *Escorial* y varios de sus volúmenes aparecieron en la colección *Adonais*. Su primer libro, *Canto de los dos*, lo publicó en Cádiz, en 1940. Siguió otros volúmenes de poesía, en verso y prosa. El titulado *Nudo* (Salamanca, 1966) está dedicado a la memoria de su padre, “que durante cincuenta años gozó el sol y la cal, la tristeza y la alegría, la vida toda de la Cruz Vieja, en nuestro Jerez”. Se trata de un libro donde se hace presente la identidad andaluza: “Qué raíz honda del Sur/ el andaluz lleva dentro,/ sólo el que mucho ha soñado/ sabe que la vida es sueño”. Póstumamente, se ha publicado una antología de sus versos, *Umbrales de la memoria* (Salamanca, 2015).

El panorama cultural de los años cuarenta no debía resultar muy halagüeño, menos aún para quienes demarcaban su singladura vital y literaria por los rumbos de la heterodoxia. En un Madrid marcado por el conservadurismo autoritario y los valores del nacional catolicismo, se dará a conocer precisamente un autor original e insubordinado como él solo: Carlos Edmundo de Ory, que había nacido en Cádiz en 1923 y se habría trasladado con su familia a la capital de España, tras la muerte de su padre. Carlos Edmundo era hijo del poeta modernista Eduardo de Ory (Cádiz, 1884—1939). Su concepto de la literatura, no obstante, estará más cerca del surrealismo y de la provocación opuesta al neoclasicismo oficial, aunque se congratuló de descubrir en una revista que su padre había traducido a Rimbaud. En 1945, con Eduardo Chicharro y el italiano Silvano Sernesi, funda el postismo, movimiento literario que se declaró como la síntesis última de todos los ismos anteriores. Naturalmente, con toda la significativa transgresión que supuso en su época, la figura de Ory va más allá del movimiento postista. En 1953 se traslada a Francia, donde residirá hasta su muerte, en Thézy-Glimont, en 2010. Ory es creador de una obra poética iconoclastamente imaginativa que debe inscribirse en la tradición de ruptura del siglo XX. Títulos como *Soneto vivo*, *Melos melancolía* y la antología *Música de lobo* ocupan un lugar propio en la literatura contemporánea. Su diario íntimo refleja las inquietudes de un soñador que lucha por guardarse fidelidad a sí mismo, a pesar del aislamiento y la marginalidad que dicha actitud pueda depararle. Sería publicado completo, en tres volúmenes, por el Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz, en 2003. Jesús Fernández Palacios dice en el prólogo: "En las habitaciones de este

diario está su cama deshecha y su ropa más usada, el buda de su devoción y el caballito de cartón que le regalaron”.

No menos singular resulta su obra narrativa. Con el título de *Cuentos sin hadas*, en 2001, la gaditana colección Calembé agrupaba sus relatos cortos, que en 2017 vuelven a ver la luz bajo el sello editorial de Cátedra, con una esmerada introducción de José Manuel García Gil, quien afirma: “El mundo construido en sus relatos es siempre un reflejo de la realidad en que habita el autor. Algunas de sus conexiones u obsesiones compositivas tienen que ver con la soledad que comparten con él sus personajes. Una soledad con momentos epifánicos, momentos en los que los seres desvalidos que pueblan sus páginas van a descubrir verdades importantes (aunque sean incómodas) acerca de ellos mismos”.

La adolescencia y juventud de posguerra se verán reflejadas en la obra de uno de los escritores más elegantes, cultos y rigurosos de la lengua española, José Manuel Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, 1926). Tras acabar sus estudios de Filosofía y Letras, se traslada a Madrid, adonde llega, en una primera incursión, en septiembre de 1951. Allí entabla contacto con Carlos Edmundo de Ory, Ignacio Aldecoa y otros autores: “Ory ya había conseguido cierto renombre con sus tejemanejes humanos y poéticos a propósito del postismo, un credo que se quedaba a menudo en el mero lucimiento efectista, en alguna que otra frívola pirueta estética, pero que también supuso el único arriesgado programa de desentumecimiento de aquella generalmente

recalentada y monocorde lírica de devocionario”, evoca en *Tiempo de guerras perdidas*, el primer tomo de sus memorias, publicado por Anagrama en 1995.

Caballero Bonald es un maestro en todos los géneros que ha cultivado: poesía, narrativa, ensayo... Su primer poemario, *Las adivinaciones*, apareció en 1952 en la colección Adonais. La vertiente más social de su poesía la encontramos en *Pliegos de cordel* (1963). *Descrédito del héroe* (1977) y *Laberinto de fortuna* (1982) constituyen títulos capitales de su plenitud poética, que retoma en 1997 con una nueva entrega: *Diario de Argónida*, topónimo ficticio que hace referencia al Coto Doñana. En 2004 reunió todos los poemas que tenía publicados en libro hasta la fecha en *Somos el tiempo que nos queda*. La edición, realizada por Seix Barral, fue actualizada en 2011, al incorporar los poemarios *Manual de infractores* (2005) y *La noche no tiene paredes* (2009), considerados entre lo mejor de la poesía española contemporánea. Al igual que *Entreguerras*, en realidad, un único poema de más de dos mil quinientos versos y trasfondo autobiográfico, inusitado por su sorprendente unidad. Su poética proviene de una curiosidad indagatoria sobre el lenguaje, fruto en gran medida de su admiración por el barroco, que le lleva a convertir la experiencia vivida en experiencia lingüística, sin desdeñar ciertas asociaciones irracionalistas. Todo ello, expresión de una ética rebelde frente a las certidumbres. Su último volumen poético, hasta el momento, es *Desaprendizajes* (Seix Barral, 2015). Dispuestos como si fueran prosa, estos poemas vuelven a ser un ejercicio lúcido de desobediencia, donde el lenguaje se fuerza hasta el extremo crítico de la ironía.

Una obra poética, la de Bonald, que posee múltiples imbricaciones con su narrativa. Quizás estemos hablando del escritor español que más concomitancias tiene con la concepción de la novela de los grandes autores del boom latinoamericano. No en vano, su obra prima narrativa, *Dos días de setiembre*, fue escrita en Colombia. Concebida en los años del realismo social, va más allá de este: “Lo que yo pretendía entonces era contar más o menos objetivamente mis experiencias como testigo de una sociedad —la jerezana— anclada en una muy peculiar visión de los inmovilismos tribales”, explica el propio autor a propósito de su novela, que recibe el Premio Biblioteca Breve en 1962. El vino —como ocurrirá más tarde en *En la casa del padre* (1984)— sirve de eje en torno al que giran acciones y personajes, alcanzando dimensiones universales y simbólicas. El otro espacio mítico de la literatura de Caballero Bonald es Doñana, verdadero protagonista —junto al lenguaje, una vez más— de *Ágata ojo de gato* (1974), donde podemos encontrar las mejores páginas de narrativa barroca española del siglo XX. No hay parangón en el panorama nacional. El barroquismo —esta vez, más contenido— y el ámbito atlántico siguen presentes en *Toda la noche oyeron pasar pájaros* (1981). En 2006 volverá a reeditar esta novela, ya en su versión definitiva. De singular carácter introspectivo es la narración *Campo de Agramante* (1992), contada en primera persona con habilísima técnica narrativa y que vuelve a ubicarse en una señera ciudad del sur. La producción en prosa de José Manuel Caballero Bonald se completa con ensayos sobre diversos temas —vino, flamenco, viajes, literatura...— reunidos en los tres volúmenes de *Relecturas. Prosas reunidas (1956-2005)* que editó la Diputación de Cádiz en 2006. Últimamente ha

publicado además *Oficio de lector* (2013) y *Examen de Ingenios* (2017). En 2012 fue reconocido con el más alto galardón de las letras hispánicas, el Premio Cervantes.

También de la generación del cincuenta debemos considerar a Fernando Quiñones (Chiclana de la Frontera, 1930—Cádiz, 1998). De personalidad genial y exuberante, cultivó con pasión todos los géneros y fue autor de más de setenta obras. Destacó como novelista. Sería dos veces finalista del premio Planeta con *Las mil noches de Hortensia Romero*, donde cuenta en primera persona las vivencias de una prostituta, y con *La canción del pirata*, tal vez su novela más acabada y perfecta. Innovó el concepto de lo poético en sus *Crónicas*. Las tituladas *Las crónicas de al-Ándalus* fueron reeditadas en 2006 por EH Editores en la colección de poesía Hojas de Bohemia. Alcanzó magisterio indiscutible en la narración breve, hasta el punto que Jorge Luis Borges llegó a decir de él que era “un gran escritor de la literatura hispánica, o simplemente de la literatura”. La editorial Páginas de Espuma, especializada en este género, publicó sus cuentos completos bajo el título de *Tusitala*, con prólogo y edición de Hipólito G. Navarro, en 2003. Como a Quiñones le disgustaba la palabra “cuentos”, se ha jugado en la portada tachándola y escribiendo a mano “relatos”, como él prefería. Una anécdota más para una vida plagada de ellas. Cultivó además el artículo de prensa, en particular, los microtextos, como los recogidos en *Las mijitas del freidor* (El Boletín, 2013). Sus profundos conocimientos del flamenco dieron lugar a ensayos como *De Cádiz y sus cantos* y *El flamenco, vida y muerte*. Sus *Cinco historias del vino* (1960) se han reeditado en 2016, con prólogo de Beltrán Domecq. Me cupo el honor de hacer

el epílogo mediante este soneto: "Un optimista lleno de agujeros,/ nacido entre la mar y la albariza,/que pintaba sus sueños con la tiza/ del mostrador de un cruce de senderos./ El vino y la palabra en los esteros/ salinos de Chiclana olvidadiza/ encontró, y en la página terriza/ vertía del relato sus veneros./ Del vino sus historias y sus dones/ sabía como nadie, con oficio/ de amante del jerez embelesado./ ¡Qué grande es la grandeza de Quiñones!/ Vio que el vino —la sangre— es desperdicio/ si el corazón no late eneamorado".

A Fernando Quiñones se debe la fundación y puesta en marcha de la revista *Platero*, que agrupó una interesante nómina de poetas gaditanos, incluso voces del exilio como Alberti, Salinas o el andaluz universal Juan Ramón Jiménez, que ayudó a sufragar la revista, así como autores de proyección nacional: Blas de Otero, Celaya o Vicente Aleixandre, entre otros. Se editó en Cádiz de 1951 a 1954. Durante su singladura, plagada de peripecias, tuvo algunos problemas con la censura. Posteriormente, se ha realizado una edición facsímil de *Platero* (El Monte, 2000) al cuidado del profesor Manuel Ramos Ortega, para quien la revista es "avanzadilla y vanguardia de la poesía española del medio siglo". Se trata sin duda de una de las revistas poéticas más relevantes de cuantas se publicaban entonces en España. Julio Mariscal Montes (Arcos de la Frontera, 1923-1977) se asoma con asiduidad por sus páginas. Julio Mariscal es un poeta inmenso, que siempre vivió en su pueblo —o en los de al lado—, trabajando como maestro nacional. De carácter tímido e introvertido, elegante como un dandi, profundamente cristiano, trágicamente andaluz, escribe sobre la muerte —y la vida—, el amor —también el prohibido—, la tierra y Dios. *Corral de muertos* es el título de su primer libro. Su poema

“Ciprés”, que abre el volumen, es uno de los mejores sonetos de la literatura española; comienza: “Aquí, donde los hombres se han tendido/ para olvidarse dentro de su muerte,/ tú sigues vertical, sin ofrecerte,/ limpio y sonoro al último latido”. Su vertiente más solidaria se refleja en *Tierra de secanos*. En el erotismo extremadamente puro de *Tierra* el conflicto de la realidad con el deseo encuentra un delicado tormento, como si hubiera hecho suya la tristeza que es amor de don Antonio Machado —a cuya estirpe pertenece— para hablar a Dios un día, un *Último día* (1971). Allí lo hará: “No te sientas Dios Padre; Señor,/ vuelva otra vez al polvo, al salivazo/ de ser paria de todos los caminos”. La editorial La Isla de Siltolá ha sacado sus *Poesías completas*, con prólogo de Blanca Flores, en 2014.

Con Mariscal, otros poetas arcenses crearon la revista *Alcaraván*, que daría lugar al prestigioso premio de poesía del mismo nombre. Autores muy dignos de tener en cuenta, como Antonio (Arcos de la Frontera, 1929) y Carlos Murciano (Arcos de la Frontera, 1931), o el crítico literario Juan de Dios Ruiz Copete (Prado del Rey, 1930), quizás la persona que más haya hecho por difundir la poesía de su amigo Julio. Todos ellos colaboran también en *Platero*, además de José de las Cuevas. Este, junto con su hermano Jesús, aunque no nacidos en Arcos, vivieron allí y juntos escribieron obras amenas de interés histórico y sabor andaluz. De ellas, tal vez, la más recordada hoy sea *Historia de una finca* (Jerez Industrial, 1958).

La nómina de autores que colaboraron en *Platero* es más que considerable en cantidad y calidad. Nada más que de la provincia de Cádiz,

podemos recordar a escritores de generaciones precedentes, como Alberti, Pemán, Pérez Clotet, José Luis Cano o Juan Ruiz, así como de esa misma generación; es el caso del propio Quiñones, de Caballero Bonald o incluso de Carlos Edmundo de Ory, del narrador José Luis Acquaroni (1919-1983) —nacido en Madrid, pero pronto ubicado en Sanlúcar de Barrameda—, o de los portuenses Felipe Sordo Lamadrid y José Luis Tejada (1927-1988). Este último, además de especialista en Alberti —era profesor de Literatura en la UCA—, se ejercitó con maestría en las formas clásicas y tradicionales, del soneto a la lírica flamenca. En 2006, la Fundación Lara editó *Desde un fracaso escribo*, antología de sus versos realizada por Jaime Siles.

De todos los autores que publicaban en *Platero*, Pilar Paz Pasamar (Jerez, 1933) deslumbra especialmente a Juan Ramón Jiménez, tan exigente y quien se deshace en elogios fundados a los versos de la jerezana: “Hay una muchacha, Pilar Paz Pasamar que ha escrito un poema excelente, magnífico, sobre Dios. (...) Ese poema es una joya, esa niña es genial”. En Pilar Paz se produce un proceso inverso al resto de los autores gaditanos de su generación que se hicieron un nombre literario en la capital de España. Se traslada a Madrid con su familia en 1949. Allí estudia Filosofía y Letras. Tiene por profesores a Dámaso Alonso, a Gerardo Diego, a Carlos Bousoño... Publica su primer libro, *Mara* (1951), con prólogo de Carmen Conde. El segundo, *Los buenos días* (1953), accésit del Premio Adonais, recibe el encendido entusiasmo de críticos y poetas. En 1955 obtiene el Premio Juventud de Barcelona por *Ablativo Amor*. Cuando se encuentra en plena ebullición en el mundo literario madrileño, se produce un hecho que le cambiará la vida: su matrimonio con

Carlos Redondo y el traslado definitivo a Cádiz, en 1957, año en que publica *Del abreviado mar*. Pilar Paz, en un país tan centralizado como entonces, se aleja de la corte literaria de Madrid, en una apuesta decisiva por la vida. Tras la publicación de *La soledad contigo* (1960) y *Violencia inmóvil* (1967), sucede una época de silencio editorial, no rota hasta 1982 con *La Torre de Babel y otros asuntos*. En 1990 da a la imprenta *Textos lapidarios. La Dama de Cádiz. Poemas*. La voz lírica de Pilar Paz Pasamar no hace sino crecer, entra en una delicada madurez que supone una conciencia explícita del misterio y, sobre todo, a partir de *Filomela* (1994) y *Sophia* (2003) es reconocida como una de las voces cimeras de la poesía mística. Pero será *Los niños interiores* (2008) el título que culmine una obra plena y trascendente: "El corazón ha conseguido su libertad de repente y en tal forma que ya no elige por sentirse elegido", dice en el fenomenal poema en prosa que cierra el libro, "El día de mañana". Todos sus poemarios han sido recopilados en *Ave de mí, palabra fugitiva (Poesía 1951-2008)* (Cádiz, 2012). La edición ha estado al cuidado de Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier, quien afirma en la introducción: "Esta edición de la poesía de Pilar Paz Pasamar, revisada por la propia autora, es quizá la mejor prueba que en este momento podemos ofrecer de que su palpitante y hermosa aventura poética queda aquí, amorosamente preservada, para que una y otra vez pueda ser leída y releída, en su música mejor, en su primavera inmarchitable". De las antologías de Pilar Paz Pasamar, conviene destacar la que publicamos en EH Editores, *El río que no cesa* (Col. Hojas de Bohemia, nº 10), que incluye un audio con la voz de la autora. Su obra narrativa ha sido recopilada en *Marinera en tierra adentro* (Presea, 2009).

De vez en cuando publicó en *Platero* Juan Valencia (Jerez, 1929—Málaga, 1998), quien se alejó del grupo por residir en Málaga. Allí conoció a los miembros de *Caracola*, en torno a la revista del mismo nombre, sucesora de *Litoral*. Pero la vida de Juan Valencia puede ser un ejemplo de autoexclusión, de haber permanecido aparte, entregado a su vocación poética con la asunción del dolor y el olvido. Como confiesa en carta a José Manuel Caballero Bonald, de 1948: “Ya sabes que no he podido soportar nunca a nadie”. La Diputación de Málaga ha publicado en la colección Puerta del Mar, en 2013, *Cinco libros inéditos* de Juan Valencia, con prólogo de Antonio A. Gómez Yebra, quien se refiere al poeta jerezano como un “místico pagano”. Son poemas existenciales, reflexiones en carne viva y, en el último de los poemarios reunidos, de luminoso júbilo.

Podemos afirmar que la generación del cincuenta tiene en la provincia representantes de primera fila, autores de la mejor literatura que se hacía en España en aquellos momentos. A la importante nómina habría que sumar la figura del narrador Luis Berenguer (La Coruña, 1923—San Fernando, 1979). Ingeniero naval del Ejército, desde 1958 viviría en San Fernando, al margen de los círculos literarios. Se dio a conocer en 1966 con *El mundo de Juan Lobón*, que obtiene al año siguiente el Premio de la Crítica. Se trata de su obra más imperecedera, de la que se han sucedido numerosas ediciones. Cuenta, en primera persona, la vida de un cazador furtivo y retrata las desigualdades de una sociedad rural sometida a señoritos y caciques, cuyas injusticias padece el espíritu puro de su protagonista, quien aspira a mantener una forma de vida libre y natural heredada de sus ancestros. Constituye la gran novela sobre la

naturaleza gaditana, concretamente, de la zona que hoy comprende el parque natural de Los Alcornocales. De imprescindible lectura, ha sido publicada en una excelente edición crítica por Cátedra. Su autor aún publicaría seis novelas en vida y una séptima saldría póstumamente.

Tenemos perspectiva histórica para considerar a estos eminentes escritores en su obra en conjunto. Incluso de aquellos que sufrieron cierta marginación o aislamiento, por circunstancias particulares entre las que a veces cabe considerar la autoexclusión, se están realizando publicaciones en estos primeros lustros del siglo XXI que invitan a una mayor valoración literaria. En otros casos, el olvido fue consecuencia del terror. En 2003, el Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Jerez publica *Arcadia Feliz*, novela hasta entonces inédita de Manuel Moreno Barranco, jerezano nacido en 1932 y fallecido también en Jerez en 1963, tras ser detenido, torturado y trasladado al Hospital de Santa Isabel, donde finó, víctima de una "hemorragia cerebral traumática", según el parte de defunción. Así lo indica Joaquín Carrera, su sobrino, en la introducción del volumen, con otros interesantes datos biográficos y bibliográficos. Moreno Barranco comenzó a trabajar muy joven en un banco, pero pronto se trasladará a Madrid, a París y a Barcelona, hasta volver a Jerez, al domicilio familiar, donde irrumpirá la policía para detenerle. De su muerte se hizo eco la prensa extranjera y Pablo Neruda, que precede su texto "España canta a Cuba", incluido en *Obras completas V* (RBA, 2006), de la siguiente reseña extraída "de la prensa santiaguina del 14 de junio":

“París 13 (P.L.). Los periódicos parisienses comentan las noticias sobre un nuevo crimen cometido por los verdugos fascistas. El asesinato del joven poeta Manuel Moreno Barranco. Detenido en febrero de este año, Barranco falleció a los 10 días de su arresto en el hospital de la cárcel. Las autoridades franquistas comunicaron a sus familiares un pretexto similar al utilizado cuando quisieron asesinar por primera vez a Julián Grimau, diciéndoles que “intentó suicidarse arrojándose por la ventana de la cárcel”, pero esta versión quedó desmentida cuando los verdugos franquistas, para ocultar las huellas de las torturas a que habían sometido a Moreno Barranco, negaron el permiso a la madre del joven poeta para que visitara a su hijo agonizante”.

El gran poeta chileno asegura que “amanecí enfermo en este día 14 de junio del año 1963.” Pero decidió escribir el prólogo a los poetas españoles que cantaban a Cuba, entre los que se encuentra el también jerezano Carlos Álvarez: “Abrí mientras tanto el periódico y leí la triste noticia que he dejado aquí para señalar este día de España”.

Manuel Moreno Barranco había publicado *Revelaciones de un naufrago. Cuentos* (Aguilar, 1957), que incluye una novela corta y cinco relatos. Pero nos dejó, como apunta Casto Sánchez en el prólogo de *Arcadia Feliz*, “una obra considerable: una novela, varias novelas cortas, un número abundante de relatos y una interesante correspondencia. La mayor parte permanece aún inédita”.

A Rafael Soto Vergés (Cádiz, 1936—Madrid, 2004) algunos críticos lo vincularon a la generación anterior, pero está considerado uno de los autores fundamentales de la promoción poética de los 60, aun con su muy personal particularidad. Su primera obra, *La agorera*, obtuvo el premio Adonais en 1958. Fue también crítico de arte y mago. En 1962 estrenó su farsa poética *El recovero de Uclés*. Su poética está relacionada con lo telúrico, con lo cósmico, con el misterio. García Jambrina lo llama “un sutil indagador de lo oscuro” y recuerda que, para Soto Vergés, “la poesía es una forma de existencia en los límites del conocimiento, en los límites de la locura y del terror”. Por ello, es autor de versos viscerales: “Viscera que se pudre y que se ulcera,/ como un astro estallado en magra vida”, dice en *El gallo ciego* (Barral, 1975). Su lenguaje se habría ido volviendo más críptico y exuberante, propio de estéticas neobarrocas, para depurarse en *Viento oscuro lejano* (Libertarias, 1987). En 1994 ganó el Premio Andalucía de la Crítica con *El discurso de la yerba* y, en 2003, el Aljabibe con su poemario *Las deletéreas áreas*. El Centro Generación del 27, en Málaga, le rendiría un homenaje conmemorativo del décimo aniversario de su muerte.

Los poetas gaditanos del grupo de los años sesenta comparten la característica común de residir todos en Madrid, a donde se habrían trasladado por razones laborales y literarias. Además de Soto Vergés, serían Manuel Ríos Ruiz, Ángel García López, Antonio Hernández y el caso muy singular de Carlos Álvarez. Este nació en Jerez en 1933. Al comenzar la guerra civil, su padre, capitán de la republicana Guardia de Asalto, fue fusilado en Sevilla, algo que le marca de por vida, reincidiendo en sus versos: “Mi infancia son recuerdos de un

muro de Sevilla/ y el desplomarse lento de un hombre acribillado". Escribió gran parte de su obra en diversas cárceles durante la época de Franco. Comprometido contra la dictadura y adalid de la fraternidad, su obra de aquellos años tuvo un fuerte contenido social y pedagógico, en un tono directo de machadiana sencillez. Comenzó publicando en el extranjero. En 1963, estando en prisión, una selección de poemas suyos traducidos obtuvo el Premio Lovemanken de los poetas daneses, con lo que las ediciones se suceden en los países nórdicos y en Italia. Otros libros suyos salen en París. En España no publica hasta 1969: *Estos que ahora son poemas...* La poesía de Carlos Álvarez, testimonialmente humana, irá ganando en intimismo. De sus siete antologías y más de una quincena de poemarios, destaca *Aullido de licántropo* (1974). Una interesante muestra de su producción puede encontrarse en la antología *Tercera mitad* (Eneida, 2007), con prólogo de José Esteban, quien declara que "el rechazo o el silencio a esta poesía es un rechazo político, más que estético".

De origen modesto, la trayectoria vital y literaria de Manuel Ríos Ruiz (Jerez, 1934), distinguido en 1972 con el Premio Nacional de Literatura por *El oboe*, es un claro ejemplo de vocación poética y superación personal. José Jaén, prologuista de su antología *La memoria alucinada* (Calambur, 1998), cuenta que, de pequeño, ayudaba a sus padres en el pastoreo y otras labores de campo. Aprendió las primeras letras de su madre. En la casa que había en la viñita de su abuelo, encontró los libros que se dejara un huido maestro republicano, entre ellos, las poesías de Manuel Machado y las de Fernando Villalón. Con ellos y con la elegía de Adriano del Valle a Manolete —que leyó en la revista taurina *El Ruedo*—, descubre su vocación poética. En 1954 comienza

su actividad periodística en el jerezano diario *Ayer*. En 1958, con su amigo Juan de la Plata y otros, funda la Cátedra de Flamencología de Jerez. Es uno de los mayores conocedores del flamenco, al que ha dedicado diversos ensayos y versos como los de *Razón, vigilia y elegía de Manuel Torre* (Premio Nacional de Poesía Flamenca, 1978). Se trasladó a Madrid en 1965 para dedicarse plenamente a la literatura y al periodismo. Fue secretario y director de *La Estafeta Literaria*. Entre 1963 y 1991 publicó catorce libros que recogen su singladura poética y varias antologías. Han sido recopilados en *Libros de poemas* (Calambur, 2011). Eugenio de Nora ha caracterizado muy certeramente su poesía: “la lírica de Manuel Ríos Ruiz trasciende de lo individual a lo colectivo, la utilización de mitos y símbolos populares la convierte en una verdadera épica popular, en una crónica del alma andaluza, a la par de que establece un vínculo de unión palpitante entre los hombres. Ahí radica su carácter social, cívico y solidario. La poesía de Manuel Ríos Ruiz promueve los aspectos fantásticos y mágicos de la realidad, desplegando una sorprendente riqueza verbal que se apoya en un continuo énfasis. Su palabra torrencial, multicolor, incontenible, nos conduce a la fascinación y al vértigo del lenguaje. Característica que se ve complementada con la musicalidad de sus versos”.

La promoción poética de los 60 se conoce también como generación del lenguaje. En efecto, la obra de Ángel García López (Rota, 1935) abre nuevos cauces al idioma. Su fascinación verbal no oculta, sin embargo, el latido humano de su corazón y, a través de un tratamiento formal admirable, accedemos al júbilo y la angustia, la emoción y la ternura, los afanes y gozos del poeta. Su primer libro, *Emilia es la canción* apareció en la colección

Alcaraván en 1963. Desde entonces ha publicado numerosos poemarios y antologías, la mayoría reconocidos con prestigiosos premios, entre los que destacan el Premio Nacional de Literatura de 1973 por *Elegía en Astaroth* o el de la Crítica de 1978 por *Mester andalusí*. Su maestría alcanza tanto a los sonetos como al versículo o al poema en prosa. Sus abundantes títulos han sido recopilados por la Diputación de Cádiz en los tres volúmenes de su *Obra Poética*, edición al cuidado de Felipe Benítez Reyes, en 2009. Con posterioridad, ha publicado algunas nuevas entregas, siendo su último libro *Cuando todo es ya póstumo* (Castalia, 2016), donde declara, sirviéndose de unos versos de Moratín, el fin de su dedicación a la poesía. El círculo se ha cerrado, tras la muerte de Emilia, su mujer y musa, a cuya memoria dedica esta última obra. Al decir de Rafael Guillén, Ángel García López es “uno de los más poderosos poetas vivos”.

A Antonio Hernández Ramírez (Arcos de la Frontera, 1943) se le considera el benjamín del grupo de los 60, pero indudablemente su trayectoria literaria va mucho más allá de la fascinación por la palabra propia de su generación y, en sus últimos libros, particularmente, ensaya un concepto de poesía total, apropiándose de recursos propios de otros géneros literarios, incluso del periodismo, para construir poemas que interpelan al lector. Cerca de una veintena de poemarios se han sucedido desde entonces. Los dos volúmenes de *Insurgencias* (Calambur, 2010) recogen su producción poética entre 1965 y 2007. En 2014 obtuvo el Premio Nacional de Poesía por *Nueva York después de muerto*, reconocido también con el Premio de la Crítica, distinción que ya había recibido en 1994 por *Sagrada forma*. Como novelista, ha

obtenido también reconocimientos, con más de una decena de novelas publicadas. Es autor además de diversos ensayos y de una *Guía secreta de Cádiz* (1979).

El caso de Rafael Esteban Poulet (El Puerto de Santa María, 1935—2012) no tiene nada que ver con la llamada generación de la palabra, a la que cronológicamente pertenece. Su poesía va por otro lado, sigue un camino personal y a contracorriente. Tal vez se trate del poeta andaluz que más se ha identificado con Kavafis y su reivindicación de la antigüedad, concretamente, la grecolatina. Además, publica tarde, cuando ya los autores de los 60 se han consagrado con libros y premios. En un principio, se inclinó hacia la pintura y el cine. Cuando se decanta por la poesía, lo hace también por la investigación antropológica de la religiosidad popular y su entronque con el paganismo antiguo. Su libro más acabado en este sentido es *El lecho pródigo* (EH Editores, 2008, col. Hojas de Bohemia, nº 18), donde declara su heterodoxia: “Como el sacerdote/ se acerca al altar, con fe,/ así también me acerco yo/ a mi lecho;/ pletórico en la fe de Eros y Afrodita./ ¡Mi alcoba es su templo!”. Con requisitos: “¡Solo el de manos limpias/ y corazón puro”. Una afirmación rotunda de la vida frente a los oscurantismos. Publicó también la novela *Juan, el discípulo amado*, que ha sido llevada al cine. Hombre culto y exquisito, respetuoso y delicado, Faelo —como le conocíamos sus amigos— prefería abrir puertas a los demás antes que sacar provecho para ninguna vanagloria. De sólida cultura, su ética cimentaba sus conocimientos y sus conocimientos cimentaban su ética. Propulsor de la vida intelectual y artística, en la década de los ochenta fundó la célebre Tertulia del Ermitaño, con Carlos Luis Aladro Durán (Jerez, 1934—

Arcos, 2009) y otros. Iniciada en el jerezano bar La Parra Vieja, pronto se traslada a la Taberna El Ermitaño, de El Puerto, celebrándose incluso, durante sus períodos más brillantes, en la casa solariega de la familia Poulet, en la calle Larga.

Por su parte, Carlos Aladro se habría marchado a Madrid en la década de los 60 y volvería a Cádiz en los 80. Su ámbito fue el teatro —en particular, el de títeres— y la pedagogía. Recibió el Premio Nacional de Teatro Infantil en 1970, por su experiencia teatral con niños, entre 1960 y 1971, reflejada en la antología *El ratón del alba* (Editora Nacional, 1976): textos escritos por niños, para ser representados por niños ante un público de niños. En la Biblioteca de Visionarios, Heterodoxos y Marginados de la Editora Nacional apareció su genial investigación *La Tía Norica de Cádiz* (1976), sobre la histórica compañía de títeres del mismo nombre. Carlos ideó un proyecto dramático televisivo extraordinario, *Kikirigay de un gallo azul*, donde además los niños eran alumnos de Educación Especial. Junto a José Luis Tejada y Miguel Almengló, participé como guionista. TVE compró el programa piloto, pero el histórico cese de Pilar Miró lo mandó al vertedero del olvido. A la muerte de su maestro, el filósofo Fernando Savater, que había sido alumno suyo en el colegio *El Pilar* de Madrid, escribe en *El País*: “Yo también soy hijo de Carlos Aladro: de su ánimo rebelde de perpetuo disidente, de su pasión por la función educativa del arte, de su fervor por la infancia”.

Una serie de poetas gaditanos, de diferente trayectoria, nacidos durante la década de los cuarenta, publicaron más o menos tarde o pasaron por amplios períodos de silencio. José María Velázquez Gaztelu (Cádiz, 1942), dedicado mayormente al flamenco y a la radio, recibiría en 2015 el Premio Fray Luis de León por su cuarto libro de poesía, *Cuadernos de la eternidad*, escrito en un registro culto y cosmopolita. Julio Rivera Cross (Jerez, 1943) no publica hasta 1985 su primer libro de poemas, *El fuego de su música*. Tarda ocho años en publicar el segundo y siete más en editar el tercero. Pero será *Habitación en la tierra* (EH Editores, 2006, col. Hojas de Bohemia, nº 4) el que marque un hito en su trayectoria. A partir de ahí intensifica su producción, a la vez que su profundidad existencial de aliento místico. Aunque no abandona la sensualidad de otros poemarios, como *Caminos por tu cuerpo*, que le valió el Premio Cálamo de Poesía Erótica en 2005. Además de haber ejercido como psicopedagogo, Julio Rivera ha compuesto múltiples letras para el cante flamenco. Una recopilación de las mismas se puede encontrar en *Con toda el alma* (El boletín, 2016). Poesía flamenca, que hace de su autor uno de los más emotivos poetas andaluces de hoy.

Julio sigue vinculado a la Tertulia El Ermitaño, al igual que su hermano Mariano, uno de los fundadores. Mariano Rivera Cross (Jerez, 1945), catedrático de Literatura durante muchos años en el jerezano Instituto Padre Luis Coloma, edita su primer libro, *Siluetas verticales*, en 1996. Desde entonces, ha publicado diversos poemarios, libros de teatro y novelas. Su *Dioses y héroes en retirada* obtuvo el Premio de Poesía Tomás Morales en 2006. En *El eco de las plazas* (Huerga & Fierro, 2013) —con prólogo de Leopoldo Panero—, su voz

épica clama contra los poderes corruptos y la injusticia. Diferente es el caso de Juan Mena (San Fernando, 1943), que ha dado a la imprenta más de treinta volúmenes de poesía, muchos de ellos premiados. Poeta de oficio, primoroso y ecléctico, también ha cultivado la narrativa breve. Igualmente de San Fernando, pero de 1948, es Rafael Duarte, accésit del Premio Adonais en 1981 por *Los viejos mitos del asombro* y que últimamente ha dado a la imprenta su *Libro del vacío* (2017).

1977. La sombra del fallecido dictador pesa en una España llena de incertidumbres que quiere caminar hacia la libertad. La sociedad jerezana todavía se parece a la descrita por Caballero Bonald en *Dos días de setiembre*. En la colección Silene, de Granada, aparece *Transparencia indebida*, de Francisco Bejarano (Jerez, 1945), un libro sincero y valiente, en que la expresión ha sido cuidada con primor alexandrino, abundan los ecos cernudianos y su autor canta a los muchachos del sur: "Tienen los ojos verdes, en el sur,/ los muchachos, la piel como alameda"; canta al temblor de la carne, al amor que hace al hombre vulnerable, a la desolación del deseo. De gran intensidad poética, subvierte las convenciones morales hipócritas y pacatas al uso, porque, como hombre, ha sabido decir: "Lamento haber guardado secretos algún día:/ mi adolescencia era un hermoso secreto". No obstante, como lírico, Bejarano no se ha prodigado demasiado: cuatro libros en total, el tercero de los cuales, *Las tardes*, obtuvo en 1989 el Premio de la Crítica. De la inicial pureza, al desencanto e incluso el cinismo: "Oh, madame, cómo haría para ser recibido/ por vos y departir con vuestro joven vástago/ que ha vuelto de Inglaterra espigado y listísimo".

Durante la década de los 70 sucede por parte de los jóvenes una reivindicación de la vanguardia y el compromiso. En Cádiz se forma el grupo Marejada, que dará lugar a la revista del mismo nombre. Su propulsor, Jesús Fernández Palacios (Cádiz, 1947) será una de las personas que más promueva la poesía, a través de publicaciones, lecturas, encuentros, etc., de este país. Subdirector durante casi veinte años de la *Revista Atlántica* de poesía, en la actualidad, dirige *Campo de Agramante*, revista de la Fundación Caballero Bonald. Palacios, influenciado por Vallejo y Ory, se siente heredero de las innovaciones vanguardistas, en títulos como *Poemas anuales* (1976) y *Coplas de Israel Sivo* (1982); pero también de la tradición clásica —enriquecida con hallazgos modernos—, como demuestra uno de los sonetos más estremecedores —por la atmósfera que crea— que he leído, perteneciente a *Los poemas de Sakina* (1997), dedicado a la muerte de su primera esposa y cuyos tercetos lo concluyen así: “Como estabas dormida y agotada/ después de tantos lunes de desvelo,/ y estabas dulcemente descuidada,/ la luna remontó de nuevo el vuelo/ dejando tras de sí la madrugada/ y una sombra implacable por el suelo”. La antología *Poemías* (Ediciones En Huida, 2012) recoge aquella parte de su obra más afín a la estética oryana.

Con Palacios, fundaron Marejada Rafael de Cózar Sievert (Tetuán, 1951—Sevilla, 2015) y José Ramón Ripoll (Cádiz, 1952). De Cózar pasó su infancia y temprana juventud en Cádiz; después se ubicó en Sevilla, donde era profesor en la Facultad de Filología, pero siempre mantuvo los vínculos afectivos con la capital gaditana. Tras unos inicios pictóricos, se decantó por la poesía visual, lo que repercutirá activamente también en su producción

discursiva. Esta se verá influida por el postismo y el surrealismo. También cultivó la narrativa, tanto la novela como el relato, de corte experimental y relacionada con la literatura del absurdo. Rafael de Cózar falleció intentando apagar el incendio de su biblioteca, en su casa de Bormujos (Sevilla).

En cuanto a José Ramón Ripoll, ciertamente ha consagrado su vida a la literatura y la música. Director durante casi cuatro lustros de la *Revista Atlántica* y musicólogo, ha ganado el XXIX Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe con *La lengua de los otros* (Visor, 2017). Poeta de largo recorrido, con títulos muy significativos —como *El humo de los barcos* (Visor, 1984), incluido con otros dos poemarios en *Hoy es niebla* (Visor, 2002)—, la crítica ha destacado la fuerza de su lenguaje y su aire onírico, una tendencia acentuada a partir de *Piedra rota* (Tusquets, 2013). Su poesía, en línea con la del silencio y entroncada con el mejor Valente y el último Juan Ramón Jiménez, está cuajada de un misterioso simbolismo que de algún modo viene a remitir a la bahía de Cádiz. Caballero Bonald sitúa a Ripoll entre los grandes poetas pensadores de hoy y de siempre y afirma que sus textos trascienden sus propios márgenes formales. No en vano Ripoll extrae su calidad mística al idioma: “Hosanna en la materia/ y en el hueco sombrío/ donde me falta/ esta palabra tuya/ —hosanna, hosanna—, / esta palabra que era mía/ antes de ser y de no ser”.

Alfonso Sánchez Ferrajón (Madrid, 1948—1994) llega a Jerez en 1972, condenado a la extradición lejos de Madrid por su militancia sindicalista, y pronto se vincula a los poetas de Marejada. Su poesía completa ha sido recogida en *La fundación del oro* (Calambur, 2005). La edición, estudio y notas

corren a cargo de Julio Asencio y Emilio Torné. A propósito de la identificación estética de Alfonso Sánchez con la llamada retórica del silencio, dice Asencio: “No dejar de ser curioso, aun paradójico si se quiere, que un hombre comprometido con tantas causas sociales y políticas, no obstante, se proclamara a conciencia poeta del silencio”.

Mención aparte merece Jenaro Talens Carmona, nacido en 1946 en Tarifa, donde viviría treinta meses solamente, aunque le dejó una marca indeleble: “Una ciudad pequeña al borde del océano/ (...) Padre de un mar antiguo/ Que también los antiguos llamaron el mar nuestro/ Cuentan que más allá de estas columnas/ se abre como una noche un abismo sin límite/ Un mar hecho de luz inacabable”, escribe en *El sueño del origen y la muerte* (1988). Jenaro Talens es una de las figuras capitales de la generación del 70. De enorme talla intelectual, ha sido catedrático en las universidades de Valencia, Carlos III (Madrid) y Ginebra, ciudad donde ha continuado como catedrático emérito de Literaturas Hispánicas. Es autor de numerosos ensayos y de una prolífica obra poética, a veces, tachada de intelectual y hermética, recogida en tres volúmenes por Ediciones Cátedra. En este mismo sello ha editado además *Cantos rodados: Antología poética, 1960-2001*.

Más vinculado al Campo de Gibraltar —particularmente, a Algeciras, donde ejerció la docencia durante muchos años—, y a Jerez, donde acabó su periplo vital, Domingo F. Faílde (Linares, Jaén, 1948—Jerez de la Frontera, 2012) publicó numerosos libros de versos que son muestra de esa firme exigencia que mantenía en su trato con las palabras. Títulos como *Patente de*

corso, Testamento de náufrago, La cueva del lobo o Elogio de las tinieblas recogen sus versos profundos y cuidados, de una belleza trágica y sobrecogedora. Siendo director literario de EH Editores, tuve el honor de publicarle *La sombra del celindo* (Colección Hojas de Bohemia, nº 6), en 2006. Allí ajusta cuentas con su memoria y la de su generación para dar en el desencanto político y en la decepción de los sueños de utopías. Dos de sus últimos títulos resultan elocuentes: *Región de los hielos perpetuos* y *Retrato de heterónimo*, que se cierra con un gesto de cruel ironía: “Y para qué seguir. Se acabó la película. / No soy más que un poetastro, condenado al olvido. / En los libros de texto no ocuparé una línea. / Mi futuro es la tierra de una fosa común”. Vaticinio de poeta maldito. Hombre de bien, de una honestidad intelectual exquisita que lo situaba en la heterodoxia, su bonhomía ha dejado huella en cuantos le conocimos.

Entre los narradores, ocupa un lugar muy destacado Eduardo Mendicutti (Sanlúcar de Barrameda, 1948), cuyo primer libro, *Una mala noche la tiene cualquiera* —genial: el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, padecido y contado por un travestido—, salió en 1982. Desde entonces, ha publicado más de una docena, casi todos bajo el sello de Tusquets. De temática preferentemente homosexual, sus novelas transcurren entre un bien dosificado sentido del humor y el compromiso ético. En *Furias divinas* (2016), el transformismo sirve de metáfora para la sátira política y la denuncia social. Al respecto, la crítica ha destacado de su técnica la concatenación de narradores, pues cada capítulo está narrado por un personaje distinto que se dirige a un receptor explícito que luego será el narrador del capítulo siguiente.

Aunque nacido en Ávila en 1945, José María García López reside desde 1992 en la provincia de Cádiz —actualmente, vive en El Puerto—, donde se ha dedicado a la docencia de Lengua y Literatura. Autor de novelas históricas excelentemente documentadas y rigurosas, como *La ronda del pecado mortal* (Seix Barral, 1992), *El baile de los mamelucos* (Seix Barral, 2002) o *El corazón de la piedra* (Nocturna, 2014), está considerado uno de los narradores que mejor uso hace del castellano. *Passolini o la noche de las luciérnagas* (Nocturna, 2015) se centra en la figura del célebre cineasta y escritor italiano, brutalmente asesinado en 1975. Como poeta, predominantemente elegíaco, ha reunido su producción entre 1988 y 2008 en el volumen *Serán ceniza*, editado por la Diputación de Cádiz en su Colección de Bolsillo.

Ana Rossetti (San Fernando, 1950) vendrá a revolucionar el panorama poético con el erotismo transgresor de sus versos. Posiblemente, nunca una mujer, hasta *Los devaneos de Ératos* (1980) había dicho en nuestra lengua la experiencia erótica de modo tan sublime y turbador. Para ello, a través de un lenguaje rítmico, elegante y culto, sin ser hermético, se vale de la anfibología: “Flores, pedazos de tu cuerpo; me reclamo su savia./ Aprieto entre mis labios/ la lacerante verga del gladiolo./ (...) En mis muslos contengo los pétalos mojados/ de las flores. Son flores pedazos de tu cuerpo”. En este libro y en otros sucesivos, como *Devocionario* (1986) y *Virgo Potens* (1994) realiza el camino inverso de la gran literatura mística de los siglos de oro, quizá porque ambos —el sacro y el humano— son manifestaciones de un mismo amor. Si

aquella se valió del erotismo para expresar el amor divino, Rossetti se sirve de los símbolos sagrados para excitar el deseo carnal, regodeándose su pureza hedonista en la profanación: “En sus dedos la ostia lunar amanece, se alza desde el vaso sagrado, brilla sobre el carmesí de la casulla. (...) De la lámina blanca que él me ofrece depende mi perdición, pero mi lengua, avanzando con rojos destellos, recibe de su mano el sacrilegio y la muerte”. *Deudas contraídas* (Visor, 2017) probablemente sea su título que más se aparta de recurrentes transgresiones, en una línea clara de compromiso cívico. Autora además de una solvente obra narrativa, iniciada en 1988 con la novela *Plumas de España*, es una gran cuentista. Su colección de relatos *Alevosías* —de la que se ha hecho una nueva edición en 2017—ganó el premio de literatura erótica *La sonrisa vertical* en 1991. Pero tiene otro tipo de relatos, igualmente cautivadores. Casi todos ellos pueden leerse en *Recuento. Cuentos completos* (Páginas de Espuma, 2001). Por lo demás, siendo la infancia uno de los territorios predilectos de su memoria poética, posee una abundante producción de literatura infantil y juvenil. También ha escrito teatro e incluso un libreto de ópera.

Un libro de poesía infantil, *Trizas* (1982), fue el primero publicado de Dolors Alberola (Sueca, 1952), valenciana afincada en Jerez hace cerca de treinta años. Hasta 1997 no aparecerá el segundo, escrito en colaboración con Mauricio Gil Cano (Jerez de la Frontera, 1964) —conmigo, ivaya por Dios!, y perdóneme el lector la intromisión—, *Del soneto al cómic*, en la colección de la Tertulia El Ermitaño. Un poemario a dúo que no guarda otra relación entre sí que una voluntad de ruptura, como señala Juan José Téllez en el prólogo,

también a dúo. Pilar Paz Pasamar, a la par prologuista, advierte: “Y estén atentos los expertos, porque quizás se trate de una de esas perlas raras, de las negras, de las que ni siquiera se venden en los mercados”. En 1998 Alberola obtiene el Premio Carmen Conde con *Cementerio de nadas*. Desde entonces ha publicado treinta y tantos poemarios, muchos de ellos premiados, y ha sido incluida en varias antologías femeninas. También ha publicado la novela *Batshajar, la hija de la aurora* (2017).

Conforme nos acercamos a la generación del 80 —y más, cuando la sobrepasemos— crece la pléyade de poetas y narradores, hasta confluir en el panorama actual, donde abundan los nombres y las publicaciones. Hasta tal punto que, escritores de indudable calidad, hay que pasar casi de puntillas por sus obras y sólo nombrarlos. Sería deseable dedicar más atención, por ejemplo, a la obra de José Lupiáñez (*La Línea de la Concepción*, 1955), quien reivindica el artificio, la metáfora, el adjetivo como instrumentos de poder en manos del poeta, así como la condición de canto, denuncia y pregunta del poema, que debe conducirnos a nuevas realidades. Su primer título, *Ladrón de fuego* (1975), inaugura la granadina colección Silene. Poeta y crítico, autor de aproximadamente una veintena de volúmenes, ha demostrado también su magisterio como narrador en los relatos de *El chico de la estrella* (Port Royal, 2012). Su poemario *La verde senda* (Huerga & Fierro, 1999) está dedicado a la India. Particularmente, incluye “Bombay, la puerta de la India”, uno de los poemas más impresionantes acerca de la capacidad de transformación que produce un lugar en el viajero. El libro recibió el I Premio Nacional de Poesía Emilio Prados. En *Pasiones y penumbras* (Carena, 2014) volvemos a encontrar

los afanes, temas y maneras de un poeta de los pies a la cabeza que se siente heredero de la mejor tradición: “la vida misma es, musa infinita,/ la vida sin conciencia que irrumpe y avasalla”.

También nacida en la década de los 50, pero ubicada desde edad temprana —desde 1969— en Algeciras, es Paloma Fernández Gomá, quien viene realizando una importante labor cultural, especialmente, con la dirección de la revista *Dos Orillas*, que trata de acercar las literaturas de las riberas del Estrecho de Gibraltar. “Una mirada abierta a lo invisible”, dijo Rafel Soto Vergés de la poesía de Paloma. En todo caso, la autora no se ha dejado influir por los usos y modas y ha seguido una línea plenamente personal. Desde que dio a la luz *El ocaso del girasol* (1991), ha publicado más de una quincena de poemarios, cuyo simbolismo propicia diversas interpretaciones y lecturas. En *Las edades del alma* (Torremozas, 2016), a través de una poética visionaria, escudriña la naturaleza del ser e intuye: “Somos un grano de mostaza en la tierra,/ capaz de llegar a tocar el cielo desde nuestro jardín”, para anunciar “el paso a la inmortalidad,/ a la que el alma está abocada/ desde su nacimiento”. Versos proféticos que se arraigan en filósofos como Platón, Tertuliano, Demócrito de Abdera, Empédocles o Anaxágoras. En palabras del crítico Manuel Gahete lo que mueve a nuestra autora “es el deseo de despertar esa innata capacidad del ser humano de renacer de sus cenizas”.

Excelente periodista, Juan José Téllez (Algeciras, 1958) se ha prodigado tanto en verso como en prosa. Se dio a conocer con el poemario *Crónicas urbanas* en 1977, al que siguieron otros durante la década de los ochenta. En

2005 publicó *Las causas perdida. Las grandes superficies*, en 2010. Con Tito Muñoz (Barcelona, 1956), realiza un poemario a dúo, *Sonados* (EH, 2008, col. Hojas de Bohemia, nº 19), que lleva a su vez dos prólogos, uno del cantautor Javier Ruibal y otro del poeta Luis García Gil. La antología *Grandes éxitos* (Ediciones En Huida, 2012) incluye una selección de sus versos, entre los que destacan los dedicados a Manolita Chen o la "Oración laica por Fermín Salvochea": "Volverá a llover como el pan a secas/ que devora los ojos de quien solo muerde/ la piel de la derrota ahora como entonces". Con un brillantísimo sentido de la ironía, Téllez ha definido alguna vez a la poesía como "un enorme putón verbenero", pero también como: "esa damisela del té de las cinco,/ esa ama de casa con patas de gallo,/ esa colegiala con prisa y con trenzas,/ ese tipo borracho a espaldas de la noche,/ ese joven que se mira al espejo preguntándose quién es"; pues siempre concibió que la poesía es una forma de ser. Ha publicado diversos libros de narrativa, como *Territorio Estrecho* (1991) o *Profundo Sur* (2013), que recogen relatos vinculados a la tierra y al hombre. Por su madera de periodista, ha cultivado con gran acierto el ensayo. La biografía *Paco de Lucía: el hijo de la portuguesa* (Planeta, 2015) y *María Zambrano, razón de vida* (Cuba, 2016) se titulan los más recientes.

Otros escritores nacidos en la década de los cincuenta merecen también la atención del lector. Es el caso de Juan Félix Bellido (Jerez, 1950), redactor de numerosos ensayos y libros de divulgación, narrativa e incluso alguno de poemas, Enrique Montiel (San Fernando, 1951), autor de biografías, novelas, artículos y relatos, de los narradores José Ruiz Mata (Jerez, 1953), Antonio Anasagasti (Cádiz, 1958) y Manuel J. Ruiz Torres (Algeciras, 1959) —que

comenzó en el verso y a él ha regresado con *El inicio del mundo* (Renacimiento, 2011)—; así como de los poetas Juan José Vélez (Sanlúcar de Barrameda, 1957), Antonio Cabrera (Medina Sidonia, 1958) —arraigado en Valencia, obtuvo el Premio Loewe y el Premio de la Crítica por *En la estación perpetua* (Visor, 2000)— y Miguel Ramos Camacho (Jerez, 1955—1996). Este último dirigió la colección de poesía Arenal, de la Diputación de Cádiz, entre 1982 y 1987. Salieron dieciocho números. El 19, que sería precisamente su *Poesía Completa*, clausuraba definitivamente la serie, al año siguiente de su fallecimiento. A la vez, por iniciativa de su viuda y de su fiel amigo Francisco Carrasco, se publicaba *Tiempo de eclipses: Homenaje a Miguel Ramos*, que toma el título de los últimos textos que estaba trabajando cuando murió. Con prólogo de Pilar Paz Pasamar, incluye las colaboraciones de sesenta y nueve poetas y de nueve ilustradores, además del poema “Tiempo de eclipses”, del propio Ramos. Dice así: “Estar en silencio es un suplicio, una tortura, la sinrazón./ ¡No esconder nada pase lo que pase!: la vida./ Sientes y te mueres por dentro./ Como siempre el tiempo pasa sobre nosotros./ La vida no es sino el espacio entre ser y dejar de ser”.

La década de los 80 comprende unos años vividos con una libertad que no había sido posible antes. Las instituciones alientan el florecimiento de la cultura en una apertura sin precedentes. Uno de los hitos es la revista literaria *Fin de Siglo*, que inicia su andadura en 1982, editada por el Ayuntamiento de Jerez. Francisco Bejarano y Felipe Benítez Reyes (Rota, 1960) son sus

directores. Ese mismo año Felipe Benítez publica su primer libro, *Paraíso manuscrito*, en la sevillana colección Calle del Aire. Se trata de poemas escritos entre 1979 y 1981. El joven autor sorprende por la madurez de sus textos y la belleza de su precisión formal: “La oscura adolescencia camina de mi mano/ como una niebla triste que beso y que desnudo”. Se revela un poeta que escribe como los grandes, que aún se manifestará mejor en su siguiente entrega: *Los vanos mundos* (Diputación de Granada, 1985), donde se hace portador de los valores —y tempranos desencantos— de toda una generación: “Como todos los jóvenes he arrastrado mis sueños/ por el fango celeste de la vida nocturna”. Su influencia se posa enorme sobre sus coetáneos. Hoy se ha convertido en uno de los escritores más consolidados del panorama español. Su poesía, de 1978 a 2002, se reúne en *Trama de Niebla* (Tusquets, 2003). Otra recopilación se encuentra en *Libros de poemas* (Visor, 2009). Su *Vidas improbables* (Visor, 1995) obtuvo el Premio Ciudad de Melilla, el Premio Nacional de Poesía y el Premio de la Crítica. El volumen ofrece un repertorio de autores apócrifos que se incrementará en la nueva edición de 2010. Su creador ensaya diversos registros y maneras que ilumina con supuestas biografías, lo que hace que su concepción se acerque a la novela. Felipe Benítez es un escritor total, que aborda brillantemente todos los géneros. Autor de varias novelas y diversos libros de relatos, su *Mercado de Espejismos* mereció el Premio Nadal de 2007. En *El azar y viceversa* (2016), que transcurre en su Rota natal, entronca con la tradición picaresca española, pues se sirve de este prototipo para contar la lucha por la vida en clave de humor. Además, Felipe

Benítez es un gran ensayista y sus artículos de prensa reflejan las calidades del poema en prosa.

Entre los nacidos en la década de los 60, ocupa un lugar privilegiado Juan Bonilla (Jerez, 1966). Irreverente, ingenioso y agudo se muestra en sus relatos —también en sus poemas—, género del que está considerado uno de los maestros actuales. En este sentido, *El que apaga la luz* (Pretextos, 1994, edición ampliada en 2009) se estima entre los mejores libros de narrativa breve y *Tanta gente sola* (Seix Barral, 2009), de modernísima concepción, posee cierta unidad estructural que vuelve a desbordar los límites entre géneros. Su novela *Nadie conoce a nadie* (Ediciones B, 1996) fue llevada al cine. Con *Los príncipes nubios* ganó el Premio Biblioteca Breve, en 2003. *Prohibido entrar sin pantalones* (Seix Barral, 2013), centrada en el poeta de la revolución rusa Vladimir Maiakovski, comienza de este modo impactante: “Maiakovski tenía dieciocho años, dieciséis dientes podridos, dos hermanas y un solo lector. Escribía poesía lírica pero roncaba como un poeta épico. Imágenes fuertes, nuevas: le pegaré fuego al cuartel y me lo pondré en la cabeza para tener una melena pelirroja”. De vertiginoso dinamismo discursivo, la obra, un ejemplo de audacia expositiva y de la calidad gamberra de su prosa, ha ganado la I Bienal de Novela Vargas Llosa. Pero el jerezano no olvida la narrativa breve, que con tanta soltura escribe: *Una manada de ñus* (2013) es, en este ámbito, su más reciente publicación. Ni la poesía: *Poemas pequeño burgueses* (Renacimiento, 2016) reúne poemas memorables junto a otros más desenfadados. Para un crítico como José Luis García Martín, los versos de Bonilla poseen una cualidad rara en la mayoría de los poemarios que se publican: son entretenidos.

Félix J. Palma (Sanlúcar de Barrameda, 1968) es otro de los narradores punteros del panorama editorial. Autor de cuentos magistrales —con los que se ganó durante un tiempo la vida, presentándolos a concursos—, una abundante muestra de los cuales se recogen en *El menor espectáculo del mundo* (Páginas de Espuma, 2010); ganó el Premio Luis Berenguer de Novela con *Las corrientes oceánicas* (Algaida, 2005). Su consagración como novelista de éxito viene a raíz de *El mapa del tiempo* (Premio Ateneo de Sevilla, 2008), primer tomo de su *Trilogía victoriana*. Los otros dos son *El mapa del cielo* (2012) y *El mapa del caos* (2014). Obra emblemática del género fantástico —en particular, de un subgénero que puede denominarse como retro ciencia ficción, por ambientarse en el siglo XIX—, la *Trilogía...* de Palma ha sido traducida a varios idiomas y publicada en veinticinco países. Su éxito entre los lectores la ha convertido en un auténtico *best seller* a nivel internacional, si bien, conviene matizar que su prosa es bellísima, de una calidad literaria indiscutible, hasta el punto de que podríamos estar hablando una obra maestra de la literatura fantástica.

La cantidad y la calidad de los autores gaditanos de esta generación es abrumadora. Pedro Sevilla, nacido en 1959 en Arcos de la Frontera, publicaría su primer poemario en 1992. Una selecta muestra de sus versos se encuentra en *Todo es para siempre* (Renacimiento, 2009). El también poeta Enrique García Máiquez (Murcia, 1961, vecino de El Puerto), autor del prólogo y de la selección, lo califica de “auténtico poeta rural”, una especie en peligro de extinción, pues pronto, según Máiquez, “seremos poetas urbanos incluso los de pueblo”. En todo caso, poeta profundo y verdadero: “Quiero que sepas, hijo, que el dolor es sagrado/, que tu pecho es sagrado”. En *Serán ceniza* (Canto y

Cuento, 2015), trata el tema de la muerte con una hondura y emoción que remite a Julio Mariscal, a quien tan sentidamente ha leído Sevilla. La muerte también está presente en la obra de José Mateos (Jerez, 1963), lírico de mirada meditativa y serena, en una línea clara de aparente sencillez. La antología *Poesía esencial* (Renacimiento, 2016) recoge sus mejores versos, pero también algunas prosas y aforismos: “Cuando se puede escribir de todo, qué difícil es escribir sobre lo que importa”. Una calidad poética que aparece también en su prosa, ya sea en las narraciones de *Un año en la otra vida* (Pre-Textos, 2015) o en los aforismos de *La razón y otras dudas* (Pre-Textos, 2007).

José Manuel Benítez Ariza (Cádiz, 1963) es autor de un número considerable de novelas, libros de relatos y de poesía —especialmente, la amatoria, reunida en *Nosotros, los de entonces* (La Isla de Siltolá, 2015)—, de ensayos y diarios. De Mercedes Escolano (Cádiz, 1964) EH Editores publicó en 2008 una preciosa antología, *La bañera de Ulises* (Colección Hojas de Bohemia, nº 20), prologada por Pilar Paz Pasamar. Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier (París, 1962), eminente estudiosa de la literatura, ha editado los poemarios *Mercuriales* (Esquío, 2003) y *Libro de los pájaros* (2006), así como el libro-catálogo *Ricardo Galán Urréjola: pintura, naturaleza y quietud* (2013), que incluye poemas de gran calidad a la obra de este pintor.

En 1995 el Premio Internacional de Poesía Loewe a la Creación Joven recae sobre *Elogio a la mala yerba* (Visor, 1996), de Josefa Parra Ramos (Jerez de la Frontera, 1965). De una alegre sensualidad, su escritura limpia y precisa expone una concepción del amor heredera de la antigüedad clásica: “Lo

cambiaría todo por regresar al laberinto”, dice en *Materia combustible* (Ediciones En Huida, 2013), quizá el más unitario de sus libros. En *La hora azul* (Visor, 2007) nos da razones para la escritura: “Ni las palabras/ podrían suspender esa condena/ de la fugacidad: escribe y calla”. También jerezano, pero de 1963, es Carlos Jiménez, autor de textos de cuidada factura en *Aventura* (Renacimiento, 1993) y *Álbum* (Diputación de Cádiz, 2002) que aspiran a ser imperecederos: “Tristeza sufro en cárcel que yo mismo he creado”. Dos poemarios también ha dado a la imprenta Ricardo Rodríguez (Jerez, 1961). En *Un fuego inesperado* (Canto y Cuento, 2013) traspasa la actitud reflexiva para dejarse poseer por el misterio. La nómina de esta brillante generación se vuelve inacabable: Emilio Rosales (Jerez, 1960), Inmaculada Moreno (El Puerto de Santa María, 1960), Rafael Ramírez Escoto (Cádiz, 1961), Julio Asencio (Jerez, 1961), Ricardo Bermejo (Badajoz, 1961, vecino de San Fernando), Isabel de Rueda (Jerez, 1962), Verónica Pedemonte (Montevideo, 1963, vecina de El Puerto) José Manuel García Gil (Cádiz, 1965), Fermín Gámez (Puerto Real, 1966), Miguel Ángel García Argüez (La Línea de la Concepción, 1969), Ángel Mendoza (El Puerto, 1969), etc., los narradores Carlos Jurado Caballero (Jerez, 1960), Elvira Lindo (Cádiz, 1962), Antonio Serrano Cueto (Cádiz, 1965) y Juan Manuel López Muñoz (Jerez, 1965), e incluso Mauricio Gil Cano —yo mismo, aunque siempre me he sentido un poco lobo estepario frente a las filiaciones literarias—. De hecho, aunque realicé una intensa labor de periodismo cultural y coordiné el suplemento *Azul* (El Periódico del Guadalete, 1988—1990), no publiqué mi primer poemario sino hasta 1997, aquel *Del soneto al cómic*, a dúo, con Alberola. Consiente, amable lector que mi osadía

vaya más allá y te remita a mis versos de *Declaración de un vencido* (EH, 2006, col. Hojas de Bohemia, nº 2) y *Callar a tiempo* (Ediciones En Huida, 2014); así como al volumen de mi narrativa breve *Cuentos con alcohol* (Diputación de Cádiz, 2002). Entre 2006 y 2008 viví la experiencia de crear y poner en marcha un ambicioso proyecto, EH Editores, con un importante peso de lo gastronómico, pero también de lo literario. La colección de poesía Hojas de Bohemia la abría Miguel Florián (Ocaña, Toledo, 1953), muy vinculado a Jerez, con *Gilgamesh*. El número 7, *Adán Ceniza*, del poeta colombiano, arraigado en la provincia, Álvaro Quintero Mejía (Bogotá, 1959) nos refleja como material poético: "Somos una parábola de barro/ y la metáfora perfecta de lo que no seremos". Josela Maturana (Melilla, 1959), vecina de San Fernando, con su *Principio de la desolación* fue el número 14. *Estampas familiares*, de Francisco Lambea Bornay (Villanueva de la Serena, Badajoz, 1968), afincado en El Puerto, salió con el número 22. No es cuestión de enumerarlos todos, pero está bien reflejar la hazaña editorial, donde además se publicaron obras de autores no vinculados a nuestra región.

Existe en Cádiz un grupo de autores alternativos, más bien unidos al fenómeno contracultural que a escuelas y jerarquías poéticas, pues éstas, muchas veces, terminan imponiendo una estética que hace parecer clónicos a los creadores. En este contexto hay que valorar *Diamante roto* (EH, 2007; col. Hojas de Bohemia, nº 6) de Fernando Cañas (Jerez, 1964—Cádiz, 2004), una antología póstuma preparada por su inseparable Juan Diego Fernández (Jerez, 1960). Juan Diego y Fernando protagonizaron aventuras teatrales, poéticas y musicales en los 80; llegaron a grabar algunos discos, con los grupos *Affaire*

Niñamónica y *Hambre y moral*, de los que fueron vocalista y saxo, respectivamente. “Verdad. Eso es la poesía de Fernando Cañas. Porque él escribía igual que vivía, incapaz de engañar”, afirma Fernández en el prólogo. Como escritor, Juan Diego Fernández ha publicado la biografía dramatizada *Alejandro Sawa y la santa bohemia* (EH, 2009) y *El exilio de los reyes* (Anantes, 2015), mucho más que una atrevida, desternillante y tragicómica inspiración a partir de la novela de Daudet, pues incorpora a la trama numerosos elementos personales y de la actualidad sorprendentes.

Pero probablemente fuera Eloy Gómez Rube (Cádiz, 1952—2007) el más genuino representante de la movida contracultural gaditana. *La Trilogía: Spermato gaditano de las vidas standards* (EH, 2007), con ilustraciones de Costus y Fritz, salió poco antes de su muerte: “¡Soy como el Segismundo de *La vida es sueño*, con la diferencia de que yo no clamo al cielo por mi situación!”, nos dice la Niña Taleguera, uno de sus descarnados personajes. La edición, al cuidado de Pérez-Bustamante, incluye otros textos de Eloy, como su vindicativo “Manifiesto Contrakutre”. Más o menos vinculado a esta onda contestataria, José Rasero (Alhucemas, 1962) ha publicado varias novelas, la última de las cuales, *Áticos y viento* (Ediciones Mayi, 2015), está ambientada en Cádiz y su protagonista es un detective privado; excelente mezcla de género negro, cuadro de costumbres y sentido del humor. En este punto, habría que mencionar a Juan García Larrondo (El Puerto de Santa María, 1965), dramaturgo y poeta, que reúne en *Diálogos, fragmentos y otras levanteras: Teatro y perversos incompletos* (El Boletín, 2015) una amplia muestra de su creación literaria: “Un florilegio que va desde la tragicomedia y pasa

osadamente por la poesía y por alguna que otra estridencia autobiográfica”, en palabras del autor, quien hace examen de conciencia: “La joven promesa ha crecido y, salvo eclipses inesperados, no parece que acabe cumpliendo las expectativas despertadas”. Modestia, lucidez, pero sobre todo esperanza: “Voy a seguir intentándolo y, por si acaso, hacia la cornucopia de Fortuna soplaré los vientos de mi caracola”. En su trayectoria, García Larrondo ha obtenido reconocimientos como el Premio Internacional Teatro Romano de Mérida, por *El último dios*, o el Marqués de Bradomín, por *Mariquita aparece ahogada en una charca*. Y ya que hablamos de teatro, aprovecho para citar las obras de Eusebio Calonge (Jerez, 1963) escritas para y representadas por la prestigiosa compañía *La Zaranda*, que ganó el Premio Nacional de Teatro en 2010.

En estas dos primeras décadas del siglo XXI entran en su madurez literaria escritores nacidos en los años 70. Manuel Francisco Reina (Jerez, 1974), poeta —con títulos como *El amargo ejercicio* (EH, 2006; col. Hojas de Bohemia, nº 5)—, novelista —*La coartada de Antinoo*, etc.—, dramaturgo —*Olimpo busca chico nuevo*—, crítico, guionista...; publica *Los amores oscuros* (Planeta, 2012), un nuevo libro sobre García Lorca distinto a cuantos se han escrito, documentado y ágilmente novelado, sobre la última relación amorosa del gran poeta granadino. Por su parte, Alejandro Luque (Cádiz, 1974), que ha tocado casi todos los géneros, sigue la pista a la amistad entre Borges y Quiñones en su ensayo *Palabras mayores* (2004). Los miembros de esta generación se están abriendo un sitio en el parnaso literario. Así, Pedro Sánchez

Sanz (Sevilla, 1970), Juan Manuel Sainz Peña (Jerez, 1970), Juan Carlos Palma (Sanlúcar de Barrameda, 1972), Raquel Lanseros (Jerez, 1973), el portuense Jaime García Máiquez (Murcia, 1973), Ignacio Arrabal, (Sanlúcar de Barrameda, 1973), Carmen Moreno (Cádiz, 1974), Luis García Gil (Cádiz, 1974) o Iván Mariscal (Jerez, 1976) son autores de una obra en marcha, en verso y prosa, que gana día a día la atención de la crítica y los lectores. Javier Vela (Madrid, 1981, vecino de Cádiz desde su infancia) ha recibido importantes distinciones — El Premio Adonais, por *La hora del crepúsculo* (Rialp, 2004) o el Loewe a la Creación Joven, por *Imaginario* (Visor, 2009); sus microrrelatos se recogen en el volumen *Pequeñas sediciones* (Menoscuarto, 2017). Suma y sigue... Ellos van a ser —lo están siendo ya— los protagonistas gaditanos del acontecer literario del siglo XXI.

Finalmente, aunque la literatura infantil no es objeto de este trabajo, bien está consignar que el personaje Manolito Gafotas fue creado por la gaditana Elvira Lindo, escritora además de novelas para adultos. Y, sobre todo, recordar a una mujer que era la encarnación de la bondad, Vicenta Guerra Carretero (Jerez de la Frontera, 1930—2015), autora de bellísimos libros de poesía infantil, pero que dio a la luz en 2009 un encantador librito: *Breverías. Pensamientos y cantares*, donde reúne perlas como la siguiente: “Yo me sé un cante,/ que es triste o es alegre,/ según quien cante”. Que sus palabras mágicas hagan brillar las esmeraldas de este árbol de Pigmalión.

Mauricio Gil Cano. Septiembre 2017

Literatura actual escrita en Ceuta

Por María Jesús Fuentes

Literatura actual escrita en Ceuta

Por María Jesús Fuentes

Sería difícil recorrer el panorama literario actual ceutí sin comenzar por quienes forman parte de él a pesar de su ausencia.

La permanencia y la vigencia de los escritores la decide el pueblo y es precisamente este pueblo el que corona insistente a sus elegidos. A Juan Díaz por su cotidianeidad, por su palabra próxima, por sus artículos y relatos insertados en el marco mariner que tan cálidamente supo describir.

En sus páginas brillaba el destello bicolor de una ciudad conocida para sus seguidores, quienes anhelaban el regalo de una frase que poner en propia boca como tierno auxilio conversacional. Nadie más adecuado para reivindicar belleza en la españolísima ciudad. Sin él, sin su orientación y consejo, como ella misma reconoce, quizá Flor Garrido no hubiera cultivado el gentil arte de la estampa en sus conocidos *A Flor de piel , ¿Qué ocurre en Medjugori?* (en una línea testimonial) o *No se cerrarán tus ojos* (2010).

Y, con permiso de otros (y de otras), a pesar del paso del tiempo, como maestros a los que honrar o colmar de flores, como si se tratara del venerado médico el alcalde Sánchez Prado, se mantienen presentes Manuel Alonso Alcalde y Luis López Anglada.

El primero, por tantos años que vivió, caminó y sembró. El segundo, por ser tan grande y tan de Ceuta (*Coral del sur* es una joya que adjunta un CD donde grabó su propia voz en una tarde en la que se acumularon las anécdotas que luego rememoraba distendido con los implicados en tan oportuna faena), que lo llenaba todo cuando estaba y cuando no estaba, cuando estuvo y cuando pudo dejar de estar si no fuera porque su figura enorme sigue orientando en los actos, homenajes, jornadas y antologías el reloj de sol.

Su celeberrimo "Soneto a Ceuta" preside la institucional Plaza de los Reyes con la misma impostura con la que el maestro declamaba. Festines, cenas y banquetes concluyen con los versos de quien, tan internacional, tan premiado, tanto tiempo director del Ateneo madrileño, eminente en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, respiraba el aire de sus ciudad natal y rejuvenecía en voz y agilidad (no en inteligencia, llaneza o cordura), de las que daba constante razón, tanta como de hospitalidad.

Su heredad la disfrutan y abonan poetas con eco individual que se suman, con admiración y gratitud, o sin saberlo siquiera, a su vasto legado.

Francisco Bombián saluda al Estrecho con su tono culto de versificador hecho, esforzada magnitud y un sólido bagaje. Entusiasta de la comunicación, devuelve al (inútil) quehacer la emoción de la verdad mientras transmite el contenido de forma exquisita.

Tuve el honor de presentar *Una cala del sur* y admito mi disfrute al marcar y señalar citas con las que ilustrar el discurso; eso nos unió un poco más; es el efecto esperado.

Nuestra complicidad se ha consolidado con los años gracias a su gran capacidad para proceder como un amigo y para reconocer los signos blancos de la amistad. Así se convirtió en vándalo, porque ya lo era, y siempre me he alegrado por tan afectuoso y honorable fichaje.

Sé que ahora anda metido en el laberinto de los jardines y sus descripciones sin descuidar lo clásico, que tan ajustadamente adapta.

En una línea de similar formación, acotada por la rueda de la juventud, se encuentra Ramón González, fresco, hondo, versátil. Producto de su tiempo, viajero y solitario, su perfil severo reverdece con la seguridad que acompasa el silencio de su zapatos.

Un poco lorquiano, reprime las tentativas de su yo interior con un vencido optimismo que recoloca hacia el gran género del teatro; porque, actor, director y dramaturgo, se enfrenta a la farsa de la vida como protagonista de su mensaje; por eso alternan los espacios y eclipsa la información en los claroscuros, los de la antítesis, sobre todo.

En *El placer de mentirnos* invita al espectador a leer la función. Me contó algo sobre sus nuevos proyectos y creo que ya ha concluido un poemario original y prometedor; ojalá vea pronto la luz y podamos buscar analogías con un estilo ya definido.

Su amigo Rubén Casado, dicharachero, entrenado para la vanguardia, al que agregamos en un apartado de noveles, con el poemario digital *Urbe desta Historia* (Córdoba) y el libro de ensayo-ficción *Le dépaycé* (Editorial Alhulia, Granada) sorprende buscando la sorpresa. Fundaron juntos el espacio de tertulia y expresión "El Subterráneo" (Jam Session), en un animado lugar de café y copas donde se daba cita la diversidad.

Gusta en Ceuta cultivar el gran género de la Lírica. Quizá la fuerza de la mencionada herencia, quizá el empuje del enclave, de bella perla, una mini-

España en otra Península, pueden constituir la causa de que proliferen productos desencadenados a partir de trágicas experiencias personales o de una gran vocación. Es el caso de Ma^a Ángeles Bao (*Poemas a un alma perdida*).

Se puede añadir en este grupo a artistas ejemplares de otras disciplinas, tal que la danza, (como José Silva, que en la Feria del Libro presentó *La madeja*, que, según sus propias palabras es como un cóctel, tiene poesía y narrativa, las dos cosas dentro de la novela) o el arte, (como el llorado y prematuramente desaparecido Benett, Benito Ocaña, gran pintor, querido alumno, sutil compañero, que dejó parte de su obra en "Mester de vandalía", revista cultural dirigida desde Ceuta, que recoge la voz de aquellos que son reconocidos como vándalos, sin importar su origen o trayectoria, en la que aparecen las más diversas y, muchas veces, reputadas plumas, y en *Diez de diez, Nueva poesía ceutí*, coordinada y dirigida por Miguel Ávila. Labró poemas en los que decía: "Vi cómo el destino/ tejía esa gran tela/ de araña que todo / envuelve y mezcla).

En Antonio Cillóniz, oriundo de Perú, procedente de la Península se advierte cierto carácter antiliterario en el sentido de que incorpora, además de los rasgos de un buscado coloquialismo, la anécdota "experiencial", los temas insólitos, un cierto antirretoricismo e incluso en ocasiones un marcado prosaísmo. Su obra en la actualidad comprende 36 poemarios (valgan de ejemplo *Verso vulgar* (Madrid, 1968), *Después de caminar cierto tiempo hacia el Este* (Lima, 1971), *Una noche en el caballo de Troya* (Madrid, 1987), *Heredades del tiempo* (2012) *Victoriosos vencidos* (Lima, 2016); en su última etapa se produce una síntesis de la tradición literaria europea y la aborígen.

Manuel Cantera ha cultivado varios estilos. *Rapsodia azul* es poesía donde la patria es la libertad.

El sector más joven está representado por Álvaro Pareja, (a quien tuve el gusto, como a Ramón, como a otros tantos ya, de impartir clase y de descubrir su facilidad para la redacción), que dio a conocer en La Sala su *Principia* con desparpajo y soltura, por Mariam Mohamed y Almudena Mónica Lara, (*Siente con la cabeza, piensa con el corazón*, libro inspirado en la sensibilidad de los corazones auténticos que sienten y padecen los destellos del amor y la sobriedad de la desilusión), y por Miguel G (García León)., que, en sus novelas *Una segunda oportunidad* y *Cambio de rumbo*, mezcla altas dosis de amor, humor y poesía.

No todos residen en la Ciudad Autónoma; ceutíes de pura cepa, bien por nacimiento, bien por adopción, en continuo contacto con ella, miembros

correspondientes incluso, algunos de ellos, del prestigioso Instituto de Estudios Ceutíes, ocupan un destacado lugar en este Parnaso.

Inés Guzmán (Licenciada en Arte dramático, otra de sus pasiones, junto a la danza) comenzó a publicar en la desaparecida "Caracola", al lado de poetas como Jorge Guillén o Carmen Conde y preside, desde su destacada nube, la mesa de estos embajadores. Graciosa y pizpireta, con un humor envidiable y gran capacidad para generosos malabarismos a la hora de desarrollar su vocalía en el Ateneo malagueño, se transfigura cuando habita su dominio. El recorrido por su bio-bibliografía ofrece un amplio tapiz de calidad y una fina transparencia de piel que revelan una sensibilidad frondosa hacia los afligidos, los desfavorecidos y, su debilidad, los animales (acaba de publicar *Cercano está el almendro*, delicado poemario que iba a llamarse "Del alma de los perros" porque refleja la añoranza por la mascota desaparecida); también deriva esa debilidad hacia la infancia. De ahí *Y colorín colorado...* Y sus dotes para dirigirse a niñas y a niños y hacerlos reír. Ella sabe, ignorando, de momento, que me ocupa este monográfico, que voy a reseñar *El violín debajo de la cama*. Me parece un libro redondo, sensitivo, nostálgico, depurado. La voz propia es tan limpia que se condensa en el límite del punto final.

Y no es que *Donde habitan gaviotas* (con prólogo de Jorge Guillén), *El águila en el tabernáculo*, *Por la escalera de Jacob*, *Impertinente Eros* o *Acto II, ESCENA IV: Mujer sola* no alcancen la cima, simplemente la supera, cosa muy difícil con tan amplísima posibilidad de elección y de temas.

Todoterreno que triangula este lado del Estrecho con Málaga y Jerez, viajero, residente milenar, Carlos Guerrero publicó algo tardíamente *Las horas descontadas* y, como si tuviera que remontar el tiempo perdido, irradia entre sus constantes el pasado efímero, la nostalgia, el desdén o la locuacidad prolífica. Un poco pirata en su *Condición de corsario* (Casa de los dragones, del IEC), navegante, siempre vuelve a su *Certidumbre de invierno* aunque sea con *Los espacios vacíos* o con *Vivir sin más motivo* alternando ediciones de la Ciudad con las de la editorial Vitruvio para reivindicar un estadio vital de derroche y provecho. *Juego de espejos*, aún con la tinta fresca, está en periodo de promoción.

Juan Manuel Giner no renuncia, desde la Península, a las calles y plazas que lo vieron nacer. Sigue, constante, desde que pidió *Tiempo muerto* en la Colección "Casa de los dragones", con *Memoria y euforia* y *24 horas*, horadando la senda del conocimiento y buscando vías de comunicación. Es una buena noticia saber que sigue publicando y que sigue levantando expectación con su cuidado trovar.

Rosa Estremera cultiva el lado más intimista; ejerce como psicóloga clínica, lo que se evidencia por su permanente indagación del yo, tanto en *El tacto de la luna hiriente*, como en *Las tierras que nos cubren*, ambos presentados en la Biblioteca Pública, la cual, de la mano de su director, el historiador José Antonio Alarcón, siempre abre sus puertas a la poesía. Entre confesiones adiviné que le gustaba recitar porque los demás aseguraban disfrutar con ello. Y así es; bien fácil es comprobarlo. Incluso tomando copas desprende un tono de locutora, como en alguna ocasión le han dicho. Averiguar sobre qué versará su próximo libro no es difícil tras los vestigios de su agradable conversación.

El género narrativo se cuele por las rendijas e ilumina estancias enteras porque no son pocos los nombres que merecen atención.

El más conocido dentro y fuera de nuestras fronteras con el adjetivo de "famoso" antepuesto a su apellido es Ezequiel Teodoro.

Tuve ocasión de conocer a este novelista, emprendedor ambicioso, ahora editor, a raíz de una charla-coloquio que mantuvo con el alumnado del IES "Siete Colinas" en el Salón de Actos.

Colocaba con cierta elasticidad las manos en el aire como esculpiendo peldaños y se expresaba con sencillez y naturalidad; apenas le costó penetrar en las mentes adolescentes y exportar su método: voluntad, trabajo, confianza. Yo había comprado *El manuscrito de Avicena* (los libros hay que comprarlos, y más a los paisanos) y ya conocía su habilidad para la prosa, para referir y para enganchar, pero ignoraba que este muchacho de barrio, periodista en sus inicios, hubiera dado el gran salto gracias a su entereza y pertinacia, esa que intentaba inocular en los chavales y desde donde desaparecían las barreras porque él nunca las vio.

Enumeró trabas que se deshacían mientras él buscaba opciones, exponer sus libros en estantes de conocidos grandes almacenes y alentó con su relato a perseguir sueños y a trabajar por ellos.

Concedor de las dificultades que presenta el mundo de la publicación, él mismo regenta ahora una editorial para ayudar a aquellos que tienen inquietudes y a tantos que, aunque consigan publicar, tienen menos oportunidades para la distribución. Ezequiel Teodoro (Ceuta, 1971), periodista y escritor, ha publicado hasta el momento dos novelas y un ensayo. De la novela *El manuscrito de Avicena* (Ed. Entrelíneas, 2011 y reeditado por Última Línea, 2015) ha vendido más de 13.000 ejemplares desde su publicación, situándose en 2013 entre las 10 libros electrónicos más vendidos en España. Con la segunda, *Cuaderno negro: complot contra Franco* (Última Línea, 2014),

continúa la línea del thriller. En su faceta de periodista ha publicado el ensayo *Corrupción en España, Los trapos sucios* (Corre la voz, 2015).

Alberto Martínez Caliani irrumpió en el difícil mundo de la línea discursiva con acertadas tentativas que descubrían un potencial prometedor que iba recibiendo el estímulo de algunos galardones digitales.

Divertido, con gran sentido del humor, derrocha anécdotas con las que entretiene al grupo del que se acaba haciendo el líder; domina siempre la reunión con su tono jocoso y la hilaridad acaba poseyendo alrededor; salpica sus intervenciones con datos que acreditan que se documenta exhaustivamente. Así se lo hizo saber al gran Vargas Llosa al entregarle en el Salón de reuniones de la Biblioteca, donde el Nobel procedió a la paciente firma de ejemplares, su ***El secreto de Boca Verde*** (aunque estuvo a punto de titularse "Boca verde" a secas), un thriller ambientado en Perú en el 2014. En 2015 publicó *La conspiración del rey muerto*. Y confieso haber sido cómplice de la primicia de su siguiente portada, sobrecogedora obra de arte, idónea, que él enseña, contagiando ánimo, desde su móvil.

Claro que, no todo es novela. El cuento brota reverdecido entre aficionados y profesionales.

De obvia mención porque recogía relatos siempre interesantes, dignos, frescos, de asunto variado y enormemente enriquecedor es el premio que AULACE ha estado convocando cada año con un gesto admirable sin precedentes y que han obtenido tanto profesionales como aficionados de lo más variopintos, impulsado por el recordado y admirado Pepe Ferrero.

La dueña del subgénero es María Manuela Dolón, Premio de las Artes y las Letras. Empecé a entablar amistad con ella a partir de un acto celebrado en el Salón de Actos del Ayuntamiento en el que participábamos ambas. Espera una tierna ancianita y me encontré con una mujer llena de brío, con una vivísima mirada, cuyas historias respondían a un engranaje que, con perfecta sintaxis, se ensamblaba con oscuros comportamientos que ponían de relieve la mezquina naturaleza humana para conformar un todo natural y compacto, agrio y realista. Los personajes, tomados de la vida cotidiana, la vecina de al lado, el vendedor, la asistenta, la hija de la señora, están tratados en *25 cuentos* o en *Venganza de la casa amarilla*. Cuentos con una dimensión humana que los modela hasta sentarlos al lado como si respiraran.

Más optimista, con imprescindibles finales que dan un giro sorprendente al argumento, Jesús Canca escribe con la finura propia de una persona culta, profesor de inglés, muy implicado en el ámbito educativo. Cada vez obtiene un mayor reconocimiento por sus relatos y microrrelatos, en donde acierta al pleno

como un maestro. El difícil arte que cultiva se le da bien; maneja con acierto el recorrido para cumplir con la naturaleza y clavar en la diana un desenlace inesperado. Con esfuerzo o no, su luz ha llegado hasta la Feria del libro madrileña y continúa completando Antologías dentro de un cómputo necesario.

Con cuatro libros de cuentos *Pedacitos entrañables* (1994), *Cuentos ceutíes* (2004), que tuvo una excelente acogida en su patria chica *Una tumbita en Sidi Embarek* (2006), y *Un cine en el Príncipe Alfonso* (2011), Mohamed Lahchiri, nacido en Ceuta, escritor y periodista, docente, ahora profesor de español, es un traductor [hispano-marroquí](#) que escribe en [lengua española](#) y que demostró que domina la técnica y que se puede prolongar el discurrir de un tema hasta que vuele como un globo. De trato afable, educadísimo y cortés, escribió sus primeros cuentos ceutíes en árabe y los publicó en las páginas literarias de diarios de [Casablanca](#) y [Rabat](#).

Para ratificar la excelente salud del género, Germinal Castillo ha presentado recientemente en la capital española *15 Cuentos de Poniente y 1 de levante*. Según ese profesor de francés, es un libro que nació bajo los auspicios de un temporal en el Estrecho de Gibraltar, “de esos que son capaces de hacer que el cielo se junte con la tierra para que renazca algo nuevo”. Asegura, con razón, que no hay por qué clasificar en infantil, juvenil o de adultos, si bien algunos autores proclaman su adscripción según la obra.

Tal es el caso de Iago Prado (Diego Prieto) con su *Jennifer en la tierra de Oniris*. La pujante modalidad de la llamada “novela juvenil”, que integra, a veces, aventuras, otras, ciencia-ficción y las más, mezcla de todo un poco, ofrece muestras como estas en donde su joven autor volcó una gran imaginación derivada hacia un mundo fantástico indagando en las percepciones, los sueños y la interrealidad.

El álbum ilustrado *Mandreuta: historia de una salamandra*, de Rosa M^a Maldonado, maestra, ilustrado por su hermano Jorge, licenciado en Historiador del Arte, hace ya más de una década, hizo las delicias de los pequeños. Un tiempo después, *Musgoso, el duende del Desnarigado*, superó lo que parecía imposible y llenó de risas y sonrisas, como un guiñol, los espacios del Ayuntamiento. Musgoso es el único duende de los elementales (tierra, agua, aire y fuego) que puede disfrutar de la claridad del día y de la magia de la noche.

Es una de esas historias con final feliz, donde la naturaleza más viva, cobra una gran importancia. Aparecen bellas imágenes del Monte Hacho y del Castillo del Desnarigado. En 2005 apareció *Silfo*, elfo del aire y genio de todos los secretos del firmamento y unos años después *On*, el dragón animal urbano que por su impaciencia y testarudez se ve implicado en los desastres de padecer diversos accidentes domésticos por no controlar sus acciones.

En la sección crítica e infantil con mensaje, brilla por sí solo el nombre de María Sánchez Miaja, que acaba de presentar su segunda publicación, titulada *La verdadera amistad* (un cuento pedagógico y a la vez entretenido que explica cómo ser solidarios sin avergonzar a la persona a la que se puede ayudar) con la cooperación de la ilustradora Tamara García Castro (pintora que ha participado en diversas exposiciones y que también ha ilustrado otros cuentos y poemarios; entre otros, *Poemas para personas pequeñas, Florecilla y la bruja de la Quinta de los Molinos y La reina Calobre*). Esta vez el tema es totalmente distinto al primero, *La otra mejilla*, con una postura comprometida, característica de alguien que es Presidenta de las Mujeres Progresistas de Ceuta.

Belén Abad, licenciada en la Facultad de Bellas Artes, ha complementado sus exposiciones plásticas con incursiones en el mundo de los cuentos: *La acróbata sin circo* y *Viaje a Sendai*.

Desde otra perspectiva de historias reales combinada con estudios pedagógicos (*La mujer siempre viva*) se encuentra Toñi Castillo, ceutí de nacimiento y residente en Lérida desde los trece años. Colaboradora en diversos medios de comunicación dedica parte de su obra a escribir cuentos y a elaborar materiales educativos para conocer patologías, tales como la colección *Cuentos a la Luna*, entre ellos "La maleta mágica", "Todos somos ángeles", "El pergamino del romano", "La ciudad de las escaleras", "El caftán de la capitana o "El jardín de los sueños". **Desde la Biblioteca se ve la Luna**, cuenta la historia de muchos niños y niñas, a los que les cuesta concentrarse en la escuela, en casa... e incluso...en muchas de las actividades del día a día, de los que se dice que tienen un trastorno de déficit de atención. Fue elegida en 2008 la escritora para fomentar la lectura en los centros educativos con *La mujer viva*.

En catorce kilómetros cuadrados se multiplican las plumas, los estilos.

Incluso escritores de otros ámbitos han cruzado la difusa línea de la crónica hacia el relato, tales como Eloy del Río (*El asesino del crepúsculo*) o el cronista oficial José Luis Gómez Barceló, quien, con claridad retrata personas y personajes de leyenda o del pueblo. O como el economista José María Campos, con sus inteligentes ensayos, plenos de ideas y soluciones de futuro.

En libros (*El libro, diversas perspectivas*, con María Teresa Cuesta Chaparro, poeta de resonancias y evocaciones musicales) y manuales colectivos aparecen colaboraciones de todo tipo de representantes de la Ciudad, incluidos Consejeros y Presidentes.

Sobresalen intervenciones de algo más que aficionados que, con chispa, escriben en el periódico sus historias o el resultado de las historias de otros, comentadas, por ejemplo, en el Club de Lectura que, si es el caso de Domingo

Nofuentes, imantan con humor, y, si es el caso de otros y de otras, añaden puntos de vista diferentes y, por tanto, enriquecedores.

Para nuestra salud cultural y mental, se cuenta con el apoyo a todo tipo de iniciativas por parte del Archivo de Ceuta (Servicio de Publicaciones), dirigido por Rocío Valriberas, que bien respalda económicamente o bien se encarga de publicar gracias a las imprentas ceutíes. Basta consultar la página para asombrarse y admirarse de la cantidad.

En los últimos años se han asentado en la villa poetas como Carmen Herrera (*Las cosas quebradas*) que está preparando un nuevo libro que saldrá en primavera y que recita con la dulce melodía de su mezcla de acentos, o Miguel Ávila, granadino de procedencia, profesor de Lengua y Literatura, compañero campechano, con mucho que contar tanto en la Lírica (*Aguas salobres, Loquinarias, El loco mundo, Todas las voces, Juego de Espejos*, 2016) como en la Dramática (*El juego de la verdad y la mentira*). Su poemario más reciente es *Galería de los espejos* (2017).

Y es que el teatro, con la batuta alzada de directores vocacionales y con la fuerza que da el género, recoge, ya entrado el siglo XXI, el testigo y el envite de continuar con una tradición que no es sólo escénica y presencial.

No cabe duda de que si un pueblo canta y cuenta, alumbra con la luz de su pensamiento los duros periodos de tinieblas a los que aboca, a veces, la simpleza de algunos programas de ciertas cadenas que adormecen a la sociedad y anestesian el criterio.

El intento no siempre desemboca en genialidad, pero implica preferencia, que no es poco.

Lo que hace falta es que sigan contando con el favor del público, que continúen los lectores y las lectoras que, por encima de un receptor, perdure el afán del emisor por crear y recrear códigos y subcódigos de tantos universos como escritores.

Nunca pueden figurar todos los nombres, pero quedan el peso de sus palabras y los volúmenes apretados en las estanterías dando fe de que prolifera el don que reparten las musas.

Sólo queda esperar que los jóvenes rompan los modelos de este siglo que es el de ellos y quizá, hay quien lo defiende, el de las mujeres.

Esperaremos.

